

MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, PRELADO DEL OPUS DEI

HOMILÍAS EN LA FIESTA DE SAN JOSEMARÍA

1997 - 2013

1997

1. *El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención por muchos*¹.

Queridísimos hermanos y hermanas, con este radicalismo define Nuestro Señor el sentido de su misión sobre la tierra y las modalidades de su desarrollo: salvar al hombre, rescatarlo del pecado al precio de su propia vida. Éste es el significado más alto que la palabra “servir” recibe en labios de Cristo. Hay pocos pasajes de la Escritura más apropiados para comenzar nuestra meditación en la Misa que hoy, día de su festividad, celebramos en honor del Beato Josemaría, Fundador del Opus Dei y titular de esta parroquia.

Hemos llegado a la mitad del primer año de preparación inmediata al Jubileo del 2000, año dedicado —por indicación expresa del Santo Padre— a la «reflexión sobre Cristo»². Quiere la Iglesia subrayar el carácter soteriológico de la celebración bimilenaria de la Encarnación del Hijo de Dios, y nos invita a profundizar en el misterio de la Redención, no sólo con la doctrina, sino principalmente con la adhesión de la vida. Cristo, en efecto, es el Redentor, el Salvador del hombre, el Hijo de Dios que se ha encarnado para devolver al hombre el don de la intimidad divina. Disponer nuestra alma a la celebración jubilar significa, sobre todo, acercarse a Cristo para reencontrar en Él la verdad de nuestra vida y el apagamiento de nuestros anhelos de felicidad, ya que —como escribe el Santo Padre— Jesús «es la clave, el centro y el fin del hombre y de toda la historia humana»³. Quien comienza a recorrer este camino, ha de aceptar desde el principio una premisa ineludible: la necesidad de tener una conciencia vivísima de nuestra necesidad de salvación; y su correlativa consecuencia: convertirse.

En este recorrido, el Papa aconseja que busquemos en la «herencia espiritual de los santos» la guía segura que orienta nuestros pasos⁴. Recordando las palabras con las que el Santo Padre ha afirmado que el Beato Josemaría ha de ser contado en el número de «los grandes testigos del cristianismo»⁵, deseo traer hoy a vuestra consideración, y a la mía, algunos trazos indicadores de la esencia cristológica de nuestra fe, siguiendo algunas palabras del Fundador del Opus Dei.

El 14 de octubre de 1993 se desarrollaba la audiencia conclusiva del Simposio teológico sobre la enseñanzas del Beato Josemaría, y Juan Pablo II dijo, entre otras cosas: «La profunda conciencia que la Iglesia actual tiene de estar al servicio de una redención que atañe a todas las dimensiones de la existencia humana, fue preparada, bajo la guía del Espíritu Santo, por un progreso intelectual y espiritual gradual. El mensaje del Beato Josemaría (...) constituye uno de los impulsos carismáticos más significativos en esa dirección, partiendo precisamente de una singular toma de

¹ Antífona de la Comunión (*Mt* 20, 28).

² JUAN PABLO II, Litt. apost. *Tertio millennio adveniente*, 10-XI-1994, n. 40.

³ *Ibid.*, n. 59.

⁴ Cfr. *ibid.*, n. 42.

⁵ JUAN PABLO II, Discurso en la audiencia conclusiva del Simposio teológico sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, 14-X-1993, en AA.VV., *Santidad y mundo*, Pamplona 1996, pp. 17-19.

conciencia de la fuerza universal de irradiación que posee la gracia del Redentor»⁶. La Encarnación del Verbo levanta a Dios toda la realidad creada, comenzando por el hombre: por tanto, todos estamos llamados a la santidad; el designio de salvación se extiende a la creación entera mediante nuestra libre cooperación⁷; la vida de Cristo en la tierra, con sus treinta años de trabajo profesional ordinario, nos muestra que cualquier actividad creada puede ser santificada y convertirse en instrumento de santificación. Como dice el Papa: no hay ninguna dimensión de la existencia humana que —si se vive en Cristo y con Cristo— no sea redimida, transformada.

La meditación del misterio de Cristo nos descubre un horizonte práctico ilimitado, y al mismo tiempo muy concreto, de empeño en las ocupaciones cotidianas. Nos hace entender que el cristiano coherente está llamado a colaborar activamente en el misterio de la Redención, a actuar para la santificación del mundo.

2. En una frase de Camino, leemos: «Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: ***Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo***». —***Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?***⁸

Buscar a Cristo, conocer su Humanidad Santísima: es el punto de partida y el primer objetivo de la meditación y de la plegaria cristianas. Dios ha asumido nuestra carne, ha empleado palabras humanas, ha amado con corazón de hombre. Está firmemente impreso en mi memoria el recuerdo de cómo el Beato Josemaría se conmovía al considerar la cercanía de Cristo a cada uno de nosotros. El Señor nos ha mostrado que rezar no es difícil. No hay que preparar esquemas para hablar con Dios, no hay necesidad de inventar un lenguaje complicado, ni de buscar temas apropiados. En sus conversaciones con los hombres, Cristo habla de barcas y de redes, del trabajo de los campos y de las ocupaciones del ama de casa. De Él aprendemos —como decía el Beato Josemaría— que Dios se interesa por nuestras pequeñas preocupaciones diarias, que todo lo que es nuestro es de Cristo y, por tanto, de Dios. Aprendemos que ***hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir***⁹.

Buscar a Cristo en la oración. Y la oración —no lo olvidemos nunca— nace en primer lugar de la fe: sólo rezamos verdaderamente si nos ponemos en presencia de Dios. Cristo es Dios con nosotros, siempre¹⁰: ***Enciende tu fe. —No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia. ¡Vive!: Iesus Christus heri et hodie: ipse et in sæcula! —dice San Pablo— ¡Jesucristo ayer y hoy y siempre!***¹¹

He tenido la gracia de ser testigo del ímpetu de enamorado con que el Beato Josemaría lograba cada día, mediante la lectura meditativa del Evangelio, un contacto nuevo, más íntimo y vivo, con Jesucristo. Fundado en su propia experiencia, aseguraba que poco a poco, en la vida cristiana, ***nace una sed de Dios, un ansia de comprender sus lágrimas; de ver su sonrisa, su rostro... Considero que el mejor modo de expresarlo es volver a repetir, con la Escritura: como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío! (Ps 41, 2)***¹².

⁶ *Ibid.*

⁷ Cfr. *Rm* 8, 20-21.

⁸ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 382.

⁹ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilía *Amar el mundo apasionadamente*, 8-X-1967, en “Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer”, n. 114.

¹⁰ Cfr. *Mt* 1, 23.

¹¹ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 584.

¹² JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 310.

Una vez en la presencia de Dios, delante de Jesús, que nos ve y que nos oye, aprenderemos a contarle nuestras preocupaciones —grandes y pequeñas—, las metas que querríamos alcanzar, los sufrimientos con los que tropezamos: **Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?” — ¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerle: “¡tratarse!”**¹³. De este modo, dialogando con Él, lograremos contemplar todos los sucesos de nuestra vida con sus ojos; y, por tanto, le buscaremos con obras, dándole todo lo que nos pida. El diálogo con Dios, en efecto, se desarrolla siempre siguiendo la lógica del don, como podemos intuir al considerar las palabras con las que el Beato Josemaría se dirigía al Señor en su oración, con ocasión del 50º aniversario de su ordenación sacerdotal: **Eres tan todopoderoso, también en tu misericordia que, siendo el Señor de los señores y el Rey de los que dominan, te humillas hasta esperar como un pobrecito que se arrima al quicio de nuestra puerta. No aguardamos nosotros; nos esperas Tú constantemente**¹⁴.

3. «**Busca a Cristo, encuentra a Cristo**», nos aconseja el Fundador del Opus Dei. ¿Dónde encontramos a Jesús? Ante todo, y de modo objetivo, real, en los sacramentos. Cada uno de ellos constituye un encuentro personal entre nosotros y Jesús, nos injerta en Él, nos transmite su vida; no sólo nos configura con Cristo, sino que, si correspondemos fielmente a la gracia, nos identifica con Él. El cristiano se convierte en *alter Christus*, otro Cristo, y, como le gustaba precisar al Beato Josemaría, en *ipse Christus*, el mismo Cristo. En virtud de la gracia, el hombre es elevado a una dignidad incomparable. Como San Pablo, podemos afirmar: con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí¹⁵.

Las fuentes de la gracia que une a Cristo son, repito, los sacramentos; sobre todo la Eucaristía, a cuya recepción nos prepara especialmente el sacramento de la Penitencia. Confesarse frecuentemente y hacer que nuestros conocidos se acerquen a este sacramento con el corazón lleno de esperanza es una auténtica necesidad para el cristiano, que sabe que en el perdón, precedido por el dolor de haber ofendido a Dios, se aprende a amar. A través de la mediación del sacerdote, que actúa como instrumento del Señor, cada uno de nosotros escucha en la confesión sacramental a Jesús mismo, que, inclinado sobre él, le asegura, como al paralítico del Evangelio: ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados¹⁶.

Después, en la Comunión, nos alimentamos con su Cuerpo y su Sangre. La fe crece en nosotros: incluso en el silencio de los sentidos, tenemos la seguridad de su presencia en nuestra alma: más que si lo viésemos con nuestros ojos, más que si lo tocásemos con nuestras manos, más que si lo escuchásemos con nuestros oídos.

«Busca a Cristo, encuentra a Cristo, ama a Cristo». El amor es el muelle que nos impulsa a buscarlo. Y, cuando lo encontramos, enciende en nosotros el deseo de una unión aún más intensa. El itinerario de la vida espiritual no tiene fin, no conoce pausas: es siempre sereno, aunque no se conceda reposo; no envejece ni sufre el desgaste del acostumbamiento; florece siempre de alegría, y, cuando trae consigo el dolor, nos revela que el sufrimiento es otro modo de amar.

Jesucristo nos enseña que amar a Dios es amar su Voluntad. El amor de Dios ha de manifestarse en obras. **Cuentan de un alma** —leemos en Camino— **que, al decir al Señor en la**

¹³ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 91.

¹⁴ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Meditación Consumados en la unidad*, 27-III-1975, en S. BERNAL, “Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei”, p. 359.

¹⁵ *Gal 2*, 19-20.

¹⁶ *Mt 9*, 2.

oración “Jesús, te amo”, oyó esta respuesta del cielo: “Obras son amores y no buenas razones”¹⁷ Y en Forja: “Obras son amores y no buenas razones”. ¡Obras, obras! —Propósito: seguiré diciéndote muchas veces que te amo —¡cuántas te lo he repetido hoy!—; pero, con tu gracia, será sobre todo mi conducta, serán las pequeñeces de cada día —con elocuencia muda— las que clamen delante de Ti, mostrándote mi Amor¹⁸.

Estas obras han de llevar el sello del amor de Cristo, que es un amor redentor. De su Corazón sacaremos un celo auténtico por la salvación de las almas, que nos impulsará a difundir por todas partes en la ciudad de Roma —en estrecha sintonía con el Santo Padre, con el Cardenal Vicario y los Obispos auxiliares— la invitación jubilar a acercarse a la misericordia divina. De este modo, en Cristo, el amor a Dios y el amor a los hombres se alimentarán recíprocamente, hasta fundirse en perfecta unidad.

Jesús es la vía del encuentro con Dios y con los hermanos. Que el Beato Josemaría nos ayude a conocerla mejor y a recorrerla. Confiamos hoy a su intercesión la llamada del Papa para la nueva evangelización. Y a María Santísima, Madre de Cristo y Madre de los cristianos, le pedimos que nos guíe en el camino de ese «fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos», que es «el objetivo prioritario del Jubileo»¹⁹ Amén.

1998

Queridísimos hermanos y hermanas:

*Os daré pastores conforme a mi corazón, que os guiarán con ciencia y doctrina*²⁰. Esta promesa anunciada por el profeta, que la Iglesia aplica a sus santos Pastores, se ha realizado plenamente en el Beato Josemaría Escrivá, cuya fiesta litúrgica celebramos hoy. El Fundador del Opus Dei ha sido y sigue siendo un don divino para la humanidad, un auténtico Pastor a la medida del Corazón de Dios, que dedicó su vida a proclamar con alegría e incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado, abriendo de este modo a las almas las sendas de la sabiduría cristiana.

1. Querría detenerme en algunos aspectos concretos de la vida del Beato Josemaría, en los que se manifiesta que fue verdaderamente un Pastor según el Corazón de Cristo. Durante este año, nos estamos preparando para el gran Jubileo del 2000 intensificando el recurso al Espíritu Santo. Sin embargo, a pesar de nuestros buenos deseos, quizá no nos resulta fácil encontrar modos prácticos de tratar con mayor intimidad al Paráclito. Habremos procurado invocarlo con más frecuencia, quizá recurriendo a alguna de las muchas oraciones que la liturgia de la Iglesia o la piedad de los santos nos ofrecen; habremos implorado con más fe su gracia, habremos procurado ser especialmente dóciles a sus mociones.

Se requiere un sincero empeño en estas direcciones por parte de cada cristiano, como se puede observar también en la trayectoria espiritual del Beato Josemaría. Si repasamos sus escritos, encontraremos muchas referencias a este esfuerzo necesario para hacer más profundo y operativo el trato con el Espíritu Santo.

¹⁷ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 933.

¹⁸ JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 498.

¹⁹ JUAN PABLO II, Litt. apost. *Tertio millennio adveniente*, 10-II-1994, n. 42.

²⁰ Antífona de entrada de la Misa del Común de Pastores (*Jr* 3, 15).

El 8 de noviembre de 1932, resumía así el contenido de una conversación que había mantenido con su director espiritual: **Me ha dicho: “tenga amistad con el Espíritu Santo. No hable: dígame” (...).**

Haciendo oración, una oración mansa y luminosa, consideré que la vida de infancia, al hacerme sentir que soy hijo de Dios, me dio amor al Padre; que, antes, fui por María hacia Jesús, a quien adoro como amigo, como hermano, como amante suyo que soy... Hasta ahora, sabía que el Espíritu Santo habitaba en mi alma para santificarla... pero no cogí esa verdad de su presencia (...). Siento el Amor dentro de mí: y quiero tratarle, ser su amigo, su confidente..., facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar, de encender... No sabré hacerlo. Sin embargo: Él me dará fuerzas, Él lo hará todo, si yo quiero... ¡que sí quiero! Divino Huésped, Maestro, Luz, Guía, Amor: que sepa el pobre borrico agasajarte, y escuchar tus lecciones, y encenderse, y seguirte, y amarte.

Y concluía así aquella oración: **Propósito: frecuentar, a ser posible sin interrupción, la amistad y trato amoroso y dócil del Espíritu Santo: Veni, Sancte Spiritus!...²¹.**

La oración que leeré ahora es de dos años más tarde, del mes de abril de 1934, y me parece que resume bien las disposiciones interiores del Beato Josemaría ante el Paráclito: **Ven, ¡oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos; fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo; inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc cœpi! ¡Ahora!...²².**

¡Cuánto podríamos aprender si meditásemos pausadamente estas palabras! ¡Cuántas lecciones de confianza filial en Dios para nosotros, que tantas veces nos resistimos a seguir las mociones del Paráclito por miedo a complicarnos la vida! El Beato Josemaría cultivaba una actitud de rendición total y confiada ante la Voluntad divina, sin temores, que también nosotros deberíamos hacer nuestra, como nos sugiere la parte final de ese texto: **¡Oh, Espíritu de verdad y de sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras...²³.**

2. Siguiendo el ejemplo de esta identificación con la acción del Paráclito en el alma, podemos considerar tres características propias del Espíritu Santo: su *acción santificadora*, el carácter *silencioso* de su actividad, y su empeño por promover la *unidad*.

El Paráclito es el Santificador por excelencia: a Él se le apropia, como propiedad máximamente conveniente a su condición de Amor subsistente en el seno de la Trinidad, la divinización de las almas por medio de la gracia.

Por otra parte, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad actúa en nuestro interior de modo discreto, es decir, normalmente sin señales ni efectos extraordinarios o rumorosos: es el dulce Huésped del alma, al que hay que descubrir y tratar en el silencio activo de la oración.

El Espíritu Santo, en fin, es quien congrega en unidad a la Iglesia. Lo que realizó en Pentecostés, significado por el milagro de las lenguas²⁴, sigue caracterizando su acción en el curso de la historia. Él es fuerza divina que une, pero no uniforma: no anula la diversidad de culturas, de dones, de carismas, sino que hace posible que cada uno escuche *en su propia lengua*, según su propia fisonomía espiritual y cultural, las grandezas divinas de la Revelación.

²¹ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, 8-XI-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 864.

²² BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, abril de 1934, en *AGP RHF*, AVF-0065.

²³ *Ibid.*

²⁴ Cfr. *Hech* 2, 9-11.

Estas características de la acción del Paráclito se hallan muy presentes en la vida y en el mensaje espiritual del Beato Josemaría. No tuvo otro empeño que ser instrumento de Dios para la santificación de las almas. Desde muy joven, incluso antes de fundar el Opus Dei, comprendió con luz viva que a él —como a todos los cristianos— iban dirigidas esas palabras de Cristo, que acabamos de escuchar en el Evangelio: *desde ahora serán hombres los que has de pescar*²⁵. Su afán por secundar la actividad del Paráclito se manifestaba con viveza en las normales conversaciones diarias y en los escritos. En 1939, en carta al que luego sería Mons. Álvaro del Portillo, su primer sucesor al frente del Opus Dei, le decía entre otras cosas: *¿Si vieras qué ganas más grandes tengo de ser santo y de hacer santos!*²⁶

Hermanas y hermanos míos: si de verdad deseamos tener intimidad con el Espíritu Santo, en primer lugar hemos de empeñarnos por parecernos a Jesucristo, imitando en lo posible sus deseos de santidad para los hombres: *ésta es la Voluntad de Dios, vuestra santidad*²⁷, dice el Apóstol. Y podemos preguntarnos: ¿es ésta también nuestra mayor aspiración? ¿Somos realmente apóstoles de Cristo? ¿Queremos de verdad ser santos y contribuir a la santificación de todos los hombres y mujeres, comenzando por quienes están más cerca de nosotros: parientes, amigos, colegas de trabajo?

La figura del Beato Josemaría nos recuerda que tener intimidad con el Paráclito no es una aspiración genérica, sino el fruto de una tensión serena y llena de consecuencias concretas: conciencia viva de la responsabilidad del buen ejemplo; oración generosa por los demás; búsqueda asidua de nuevas ocasiones para hablar de Dios e invitar a nuestros amigos a acercarse a los sacramentos; fortaleza para corregir —en nosotros mismos y en el prójimo— lo que pueda obstaculizar el camino del Cielo; y tantas otras consecuencias que cada uno considerará en sus ratos de conversación personal con el Señor.

El Beato Josemaría, a impulsos de la gracia divina, vibraba de celo apostólico y, justamente por esto, actuaba sin ponerse nunca en primer plano, respetando delicadísimo la libertad de los demás. También en esto imitaba al Paráclito, al que definía como el *Gran Desconocido*: en parte, porque le tratamos poco; pero también porque su modo de actuar es muy discreto. El Amor no busca llamar la atención, se entrega en silencio. En este sentido, el lema en el que el Beato Josemaría inspiró su conducta refleja perfectamente la enseñanza del Espíritu Santo: *ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca*, le gustaba repetir. No era una máxima teórica. Basta pensar en las decenas de años que transcurrió en Roma, lejos de las luces de los reflectores, ocupado en un trabajo poco llamativo pero de una fecundidad inmensa: con su lucha por ser heroico en las cosas pequeñas de cada día, estimulaba la expansión apostólica del Opus Dei por el mundo entero, en servicio de la Iglesia.

Es una invitación a meditar sobre la rectitud de intención en nuestro trabajo y en nuestro apostolado: una invitación a preferir pasar ocultos en lugar de llamar la atención, a no buscar aplausos, a no pretender que se nos reconozcan nuestros méritos.

3. Decíamos que el Espíritu Santo es quien plasma y edifica a la Iglesia en la unidad. Una unidad que no sólo respeta la variedad, sino que la fomenta. Ante los ojos de todos está presente la multiplicidad de carismas que enriquecen a la Iglesia, la pluralidad de vías que conducen al Cielo. Pero, al mismo tiempo, hay un solo rebaño y un solo pastor. Es la armonía propia de las obras divinas.

²⁵ Evangelio (Lc 5, 10).

²⁶ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta*, 23-III-1939.

²⁷ 1 Ts 4, 3.

El Beato Josemaría amaba apasionadamente la unidad y la legítima variedad con que el Señor ha adornado a la Iglesia. Los que han tenido el privilegio y la responsabilidad de tratarlo en esta tierra, pueden testimoniar que siempre edificó en la unidad, mientras promovía la especificidad de los modos de ser de cada uno, las características de cada personalidad, de cada lengua, de cada raza, de cada nación, y el patrimonio de cada espiritualidad.

Amaba tanto la libertad que, refiriéndose al Opus Dei, afirmaba: en la Obra, *la diversidad, en todas las cosas temporales y en las teológicas opinables, es clara manifestación de buen espíritu*²⁸. Al mismo tiempo, amaba la unidad: en primer lugar, la unión con Dios y con la Iglesia, a través de la comunión con el Romano Pontífice y los Obispos. Rezaba y trabajaba para que se llegase a la plena unión de los cristianos, pero ambicionaba también con todas sus fuerzas una mayor solidaridad entre los hombres en el ambiente de trabajo, en la vida familiar y social, en las relaciones de los diversos pueblos entre sí.

Cada cristiano ha de ser instrumento de unidad. Cada uno de nosotros lo será si acoge dócilmente en su alma al Santificador. Lo que desune, a todos los niveles, es el amor propio, el pecado; une, en cambio, el amor de Dios, la caridad. Une el Espíritu Santo.

Quizá el fruto que el Señor espera hoy de nosotros sea éste: eliminar las barreras, las divisiones que cada uno de nosotros pueda haber creado. Y no sólo esto: edificar la unidad, facilitar la comprensión recíproca en la familia, en el trabajo, en el círculo de nuestros amigos, entre las personas con quienes nos encontramos. Lo podemos conseguir, con la gracia del Espíritu Santo.

Invocamos a la Virgen Santísima, prototipo singularísimo de estos aspectos de la vida según el Espíritu, que acabamos de recordar. María colabora con Cristo, con profunda humildad, en la infusión de la gracia en las almas. Desde el Cielo, lo mismo que cuando se hallaba en la tierra, sigue uniendo las almas a su divino Hijo. A Ella, Esposa del Espíritu Santo, le pedimos —por intercesión del Beato Josemaría— que nos ayude a hacer más íntimo y hondo nuestro trato con el Santificador de la Iglesia y de las almas. Así sea.

1999

Queridos hermanos y hermanas.

1. Estamos recorriendo el último año de preparación al Jubileo del 2000, ya inminente, que el Romano Pontífice ha dedicado a Dios Padre. De acuerdo con las intenciones del Papa, estos meses tienen «la función de ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: la visión del “Padre celestial” (cfr. Mt 5, 45), por quien fue enviado y a quien ha retornado (cfr. Jn 16, 28)»²⁹.

En la celebración litúrgica de hoy descubrimos, por tanto, una nueva invitación a dirigir a Dios Padre, que hace brillar de tan diversos modos su Rostro misericordioso, una mirada llena de agradecimiento y de amor. Nos reunimos en torno al altar en el aniversario del *dies natalis* del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei, el Padre. Esta referencia a la paternidad me parece que constituye un elemento esencial de la personalidad del Beato Josemaría.

Centenares de millares de personas, en efecto, han reconocido en él los rasgos característicos de una paternidad espiritual vivida hasta sus últimas consecuencias: hasta la entrega completa de la vida, un día tras otro, con el gozo de engendrar espiritualmente y de educar hijos de Dios. Desde el

²⁸ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta 2-II-1945*, n. 18.

²⁹ JUAN PABLO II, Litt. apost. *Tertio Millennio adveniente*, 10-XI-1994, n. 49.

primer momento de la fundación del Opus Dei, el Beato Josemaría era consciente de que Dios le llamaba a ampliar las fronteras de su corazón para abrazar innumerables criaturas de razas y culturas muy diversas, y experimentó la alegría y la responsabilidad de cumplir esa misión. Desde entonces brotó de su boca un grito que expresa el deseo de un amor sin límites: *no hay más que una raza: la raza de los hijos de Dios*³⁰. Ya en el año 1933, en unos apuntes dirigidos al confesor pidiéndole autorización para incrementar las prácticas de penitencia —ya de por sí muy generosas— a las que se sometía, escribió: *Dios me lo pide (...). Es menester que sea santo y Padre, maestro y guía de santos*³¹.

Hace siete años, en la homilía de la Misa de beatificación, Juan Pablo II recordó los muchos sufrimientos que el Beato Josemaría tuvo que afrontar en el cumplimiento de su misión eclesial. El Señor quiso probarle con la Cruz, y es lógico que haya sido así, porque la paternidad y la maternidad verdaderas se perfeccionan en el dolor, como saben bien todos los padres cristianos. Pero caeríamos en un error si uniésemos la Cruz a la tristeza, el dolor al pesimismo: Cristo, el Hijo amadísimo, ha conquistado para nosotros la alegría de la salvación mediante su sufrimiento en la Cruz.

Justamente por la generosidad de su respuesta a Dios Padre, el Beato Josemaría Escrivá ha sido y continúa siendo Padre. Todavía hoy, siete años después de su beatificación, su fama de santidad sigue extendiéndose por todo el mundo y es confirmada por numerosos signos que son como el sello de Dios sobre las obras realizadas por su siervo. En estos siete años, a la Postulación de la Causa han llegado decenas de millares de relaciones firmadas, para comunicar gracias y favores atribuidos a la intercesión de este *siervo bueno y fiel*³², que tanto se prodigó en vida para dar gloria a Dios y que también ahora, desde el Cielo, no hace sino encaminar las almas hacia el Señor.

2. Son verdaderamente estupendas las palabras con que Jesús exhorta a Pedro después de la pesca milagrosa: *no temas; desde ahora serán hombres los que has de pescar*³³. Este anuncio tantas veces meditado por los cristianos, tan querido para el Beato Josemaría, sigue teniendo una actualidad perenne. Jesucristo lo dirige a sus hijos de todos los tiempos: hoy a cada uno de nosotros. También ahora el Maestro desea suscitar muchas vocaciones de apóstoles. También ahora espera la misma respuesta generosa que le dieron los primeros discípulos, cuando, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron³⁴.

En el marco que nos brinda la liturgia, querría meditar con vosotros sobre el significado que la llamada a ser apóstol, pescador de almas, asumió en la vida del Beato Josemaría. ¿No os parece que la prodigiosa eficacia de su paternidad espiritual ha constituido verdaderamente una gran pesca de hijos de Dios? Hacer resonar en las almas la llamada de Cristo a seguirle, significa dar cumplimiento a las palabras de San Pablo que acabamos de escuchar: *a los que de antemano conoció, también los predestinó para que lleguen a ser conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que él fuese primogénito entre muchos hermanos*³⁵. La obra que Dios ha querido realizar en la tierra, sirviéndose del Beato Josemaría como instrumento fidelísimo, se resume en esto: reavivar en los cristianos la conciencia de ser hijos de Dios en Cristo y suscitar la decisión de obrar en consecuencia. El mismo Fundador enseñaba que el fundamento de la vida espiritual de los fieles del Opus Dei es el sentido vivo, explícito, de la filiación divina.

³⁰ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 106.

³¹ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, 22-VI-1933, en *Apuntes íntimos*, n. 1725.

³² Mt 26, 21.

³³ Evangelio (Lc 5, 10).

³⁴ Ibid. (Lc 5, 11).

³⁵ Segunda lectura (Rm 8, 29).

Estamos hablando de una pesca espiritual, pero ¿cuáles fueron los instrumentos empleados por el Señor? ¿Cuáles fueron las redes que han permitido que el Beato Josemaría, al término de sus días terrenos y aún ahora mismo, pudiera presentar delante de Dios Padre una gran cantidad de peces³⁶, una muchedumbre inmensa de hijas e hijos de su espíritu? Yo, que he tenido la gracia de vivir muchos años a su lado, puedo aseguraros que el instrumento humano de esta pesca divina fue el corazón sacerdotal de nuestro Padre, sus cuidados maternos y paternos con todas las personas que se le acercaban. Esta solicitud sin fronteras era fruto de su amor a Dios, fruto de su espíritu de oración y de penitencia, empapado de una alegría que nunca le faltaba.

A medida que transcurrían los años y la pesca se hacía más y más abundante, el Beato Josemaría experimentó el temor —como los Apóstoles— de que las redes se rompieran³⁷, de que su corazón no pudiese amar, a todas las personas que Dios colocaba a su lado, con la misma intensidad con que había querido a los primeros que habían comenzado a seguirle. Pero el Señor, que le había llamado para asumir esta paternidad, dilató su corazón; y así, en 1945, podía escribir: ***no puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra (Ef 3, 15-16), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre***³⁸.

3. Detengámonos en el texto del Apóstol que el Beato Josemaría cita en el párrafo que acabamos de leer. San Pablo afirma que toda paternidad en el cielo y en la tierra procede de Dios Padre³⁹. Sí, toda paternidad: aquella que es según la carne y la paternidad espiritual, a la que todos los cristianos han sido llamados. Hablando con rigor teológico, sólo Dios es verdaderamente Padre en toda la plenitud de la expresión, porque sólo Él es la fuente primera y universal de la vida. Con razón, pues, Jesucristo amonesta: *a nadie llaméis “padre” sobre la tierra, porque sólo uno es vuestro Padre, el celestial*⁴⁰. Sólo en relación a esta suprema paternidad de Dios se puede y se debe hablar de paternidad y maternidad de las criaturas; más aún, toda la dignidad de la paternidad humana reside en el hecho de ser un reflejo de la paternidad divina.

Padres y madres que me escucháis: vuestros hijos han de descubrir en vosotros el signo de la paternidad de Dios. ¡Pensad qué grande es vuestra responsabilidad! Y vosotros, hijos, esforzaos en ver la imagen de Dios Padre en vuestros padres; de este modo les tendréis siempre el respeto y la veneración debidos, y el Señor os premiará. Desgraciadamente, mientras muchos padres y muchos hijos dan al mundo un ejemplo profundamente cristiano, no faltan quienes conciben la paternidad como un camino de autoafirmación o de proyección personal, y no faltan los hijos que consideran la filiación como una especie de esclavitud o dependencia mal tolerada. Pidamos al Espíritu Santo que sople con fuerza en los corazones, para que todos experimenten el profundo gozo —aunque esté mezclado de dolor, como os sugería poco antes— de la paternidad y de la filiación.

Antes de terminar, quisiera reafirmar que todos los cristianos, sin excepción alguna, están llamados a las alegrías de la paternidad o de la maternidad espirituales. Nuestro Padre Dios quiere tener muchos hijos y muchas hijas, de modo que su Hijo Jesús sea el primogénito entre muchos hermanos⁴¹. Cada uno de nosotros ha de preparar sus redes para participar activamente en la pesca

³⁶ Evangelio (Lc 5, 6).

³⁷ Cfr. Evangelio (Lc 5, 6).

³⁸ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta 6-V-1945*, n. 23.

³⁹ Cfr. Ef 3, 15.

⁴⁰ Mt 23, 9.

⁴¹ Rm 8, 29.

que Cristo mismo sigue realizando en medio del mundo. Y nuestra redes —los medios humanos que debemos emplear junto con los sobrenaturales— son la caridad con todas las personas con quienes nos encontramos; el prestigio profesional que deriva de un trabajo realizado para dar gloria a Dios; el testimonio de una existencia cristiana vivida íntegramente; la palabra oportuna que sabe ofrecer consuelo a quienes sufren e impulsar hacia la meta de la santidad. Hoy es un buen momento para que cada uno de nosotros se haga a sí mismo algunas preguntas: ¿Trato de acercar muchas almas a Dios mediante la oración, la expiación y la acción?⁴² ¿Hablo de Dios con mis amigos y colegas, sin temores ni vergüenzas? ¿Los invito a acercarse al ministerio del sacerdote para recuperar, en la Confesión, la amistad con el Señor, la plena dignidad de los hijos de Dios? De este modo seremos también nosotros participantes de aquella paternidad espiritual a la que se refería Jesucristo, cuando enseñaba: *he aquí mi madre y mis hermanos. Pues todo el que haga la Voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre*⁴³.

Recurramos a la Santísima Virgen para que nos muestre las sendas de esta fecundidad espiritual que Ella, junto con la maternidad física, ha vivido en grado eminente con Jesús. A Ella, Hija predilecta del Padre, nos dirigimos para ser también nosotros capaces —como el Beato Josemaría— de ayudar a muchas almas a descubrir que son hijos de Dios e hijos de María, y a actuar en consecuencia. Así sea.

2000

Queridísimos hermanos y hermanas:

Filii sanctorum sumus!: somos hijos de santos, dice el texto latino del libro de Tobías⁴⁴. Esta exclamación aflora hoy espontáneamente a nuestros labios, al conmemorar el vigésimo quinto aniversario del tránsito al Cielo del Beato Josemaría: ¡somos hijos de un santo! Al proponer a la veneración de los fieles las figuras de los santos, la Iglesia nos señala ejemplos que nos espolean a buscar la plenitud del amor de Dios, la santidad, cada uno según su personal vocación cristiana. Y, al mismo tiempo, nos anima, exhortándonos a confiar en su intercesión desde el Cielo.

El 26 de junio de 1975 el Señor llamó junto a Sí para siempre a quien había sido verdaderamente un Padre para nosotros. Aquella separación fue un desgarrón inesperado. Por unos instantes nos sentimos huérfanos, privados de la presencia fuerte y dulcísima del hombre que nos había mostrado los caminos de la santidad en el mundo. Pero muy pronto —mejor, inmediatamente— vimos que su ayuda se había hecho todavía más asidua y eficaz, como nos hizo observar Mons. Álvaro del Portillo, primer sucesor del Beato Josemaría en la guía del Opus Dei. Su intercesión atravesaba las barreras del tiempo y del espacio: se notaba en tantas necesidades pequeñas y grandes, espirituales y materiales. El camino de santidad «en medio de la calle», como le gustaba decir y que él había allanado con sus pasos en la tierra, se había hecho más hacedero desde que el Padre sostenía desde el Cielo cada uno de nuestros esfuerzos.

En estos veinticinco años su paternidad espiritual se ha dilatado muy notablemente. Hombres y mujeres de toda raza, lengua, cultura y condición social, experimentan su solicitud en todas partes y en las circunstancias más diversas. Como un buen padre, escucha nuestras súplicas, las hace suyas y las presenta al Señor. Es una experiencia que nos impide ser pesimistas y pensar en este mundo

⁴² Cfr. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 82.

⁴³ *Mt* 12, 49-50.

⁴⁴ *Tob* 2, 18.

como si estuviera irremediablemente condenado a la degeneración moral (en la cultura, en los ambientes de trabajo, en los comportamientos cotidianos de la gente...). No podemos olvidar que hay mucha gente que reza, muchas almas que buscan a Dios. El Beato Josemaría se nos muestra cada día más como uno de los instrumentos elegidos por la Providencia para alimentar, canalizar y fecundar esta búsqueda, esta sed de lo divino. Elegidos para llevar el mundo a Dios. Es verdad lo que leemos en Camino: *Estas crisis mundiales son crisis de santos*⁴⁵. Son palabras fuertes y no una simple reflexión teórica: es una llamada vibrante dirigida a nuestra conciencia de cristianos. Y nosotros debemos escucharla: debemos desear verdaderamente llegar a ser santos. El Señor lo quiere. ¿Lo queremos también nosotros? No es un objetivo imposible, un peso excesivo; es un signo de predilección divina, y por tanto un privilegio inmenso ¡Qué error sería —y en qué amargura caeríamos— si no escucháramos esta llamada!

Ya el Papa Pío XII, el primer Papa que conoció personalmente al Beato Josemaría, dijo de él: «Es un verdadero santo, un hombre enviado por Dios para nuestros tiempos»⁴⁶. Tampoco Pablo VI dudaba en afirmar «el carácter extraordinario de su figura en la historia de la Iglesia»⁴⁷. Y el decreto pontificio sobre las virtudes heroicas del Fundador del Opus Dei —el documento que concluyó la importante primera etapa del itinerario que lo ha llevado a los altares—, al comentar la actualidad de «su mensaje de santificación en y desde las realidades terrenas», no duda en declarar: «La actualidad de este mensaje está destinada a perdurar, por encima de los cambios de los tiempos y de las situaciones históricas»⁴⁸. De año en año, su intercesión desde el Cielo crece en extensión e intensidad. Asistimos a verdaderos y propios milagros, muy numerosos, obtenidos en muchos países mediante la intercesión del Beato Josemaría. Como observa el decreto recién citado, «la fama de santidad del Siervo de Dios, ampliamente comprobada durante su vida, ha conocido después de su muerte una extensión universal, llegando a constituir en muchos países un auténtico fenómeno de piedad popular»⁴⁹.

El Breve apostólico de la beatificación describe del siguiente modo la influencia de su predicación y de su actividad sacerdotal: «Abrió nuevos horizontes para una cristianización más profunda de la sociedad. En efecto, el Fundador del Opus Dei ha recordado que la universalidad de la llamada a la plenitud de la unión con Cristo comporta también que cualquier actividad humana pueda convertirse en lugar de encuentro con Dios (...). [El Beato Josemaría] ha mostrado toda la potencia redentora de la fe, su energía transformadora tanto de las personas como de las estructuras en las que se plasman los ideales y las aspiraciones de los hombres»⁵⁰.

Pues bien, estos “horizontes” resultan nuevos todavía: la misión del Beato Josemaría está aún lejos de poder considerarse realizada. Más bien, podría decirse que la tarea de colaborar con Cristo recomienza continuamente con cada hombre y cada mujer que descubre la huella de Dios en el mundo y percibe la llamada divina que le invita a seguirla. Se reanuda con cada uno de nosotros. Nos corresponde tomar de nuevo esta misión. Jesús repite a cada uno las palabras que dirigió a Pedro en la pesca milagrosa: *Guía mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca*⁵¹.

⁴⁵ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 301.

⁴⁶ Cfr. *Josemaría Escrivá de Balaguer. Sacerdote. Fundador del Opus Dei*. Anexo n.1 a los “Artículos del Postulador”. Fama de santidad en vida, Roma 1979, p. 7.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 8.

⁴⁸ Decreto pontificio *Sobre las virtudes heroicas del Ven. Josemaría Escrivá de Balaguer*, 9-IV-1990.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ Breve apostólico *De beatificación*, 17-V-1992.

⁵¹ Evangelio (*Lc* 5, 4).

Pidamos al Beato Josemaría que nos ayude a levantar la vista por encima de las ocupaciones diarias, que frecuentemente nos llevan a cerrarnos en nosotros mismos y no ver más allá de nuestros problemas. Pidámosle que reavive en nosotros la conciencia de la misión apostólica a la que estamos llamados por el Bautismo. Padre, ayúdanos a ver a nuestro alrededor —en la familia, en el ambiente profesional, entre los conocidos y amigos— almas que llevar a Cristo. Padre, ayúdanos a gritar, como nos has enseñado: **¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria**⁵². Ayúdanos a escuchar la invitación imperativa de Cristo que nos llega desde el Evangelio de esta Misa: *Guía mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca*.

Si meditamos la vida de Cristo, comprenderemos que el discípulo —o sea, todo cristiano— debe ponerse al servicio del Maestro y difundir su doctrina, como nos recuerda el Padre en *Camino*: **Ten presente, hijo mío, que no eres solamente un alma que se une a otras almas para hacer una cosa buena. Esto es mucho..., pero es poco. —Eres el Apóstol que cumple un mandato imperativo de Cristo**⁵³.

*Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda?*⁵⁴ ¡Cuántas veces estas palabras de Jesús, que resonaban en sus oídos como un clamor apasionado, alimentaron la oración del Beato Josemaría! En este Año jubilar parece que la gracia divina nos mueve con más fuerza hacia mayores metas apostólicas. Si nosotros, con palabras que infunden esperanza y con el testimonio elocuente de la alegría que inunda a quien reencuentra el perdón de Dios, lográsemos que una sola persona se acercara al Sacramento de la confesión, habríamos conseguido un fruto maravilloso, un resultado que nos recompensaría de cualquier sacrificio.

Ayer se concluyó el Congreso Eucarístico Internacional. Han sido días de intensa unión de todos los cristianos con el Santo Padre, en torno al Santísimo Sacramento. Ahora, debemos seguir presentando a Jesús, realmente presente entre nosotros, nuestra oración continua por el Papa y sus intenciones, por los Obispos en comunión con Pedro, por la Iglesia entera. La Eucaristía edifica la Iglesia. El amor por las almas, el afán apostólico, tienen su alimento más eficaz en la unión con Jesús Sacramentado. Jesús, siempre vivo y en vela por nosotros, escondido en esa cárcel de amor que es el Sagrario, acoge nuestras confianzas, nuestros lamentos, nuestros suspiros, y, al mismo tiempo, nos invita a alzar los ojos hacia la humanidad que sufre a nuestro alrededor y tiene una urgente necesidad de reencontrar la luz de Cristo.

En el fondo, ¿qué es lo que estamos diciendo? ¿Cuál es la lección fundamental que nos ofrece el ejemplo del Beato Josemaría? Que somos Iglesia, y la Iglesia no puede dejar nunca de trabajar por el bien de los hombres. Que somos una sola cosa con Cristo, y Cristo vive por el bien de los hombres. Que en la Iglesia de Cristo todos debemos dar algo a los demás: el testimonio de una fe sin complejos, la constancia en la oración, la caridad de la comprensión y del consejo claro y desinteresado, la firmeza de la corrección cuando es necesario, la solidaridad de la ayuda fraterna y discreta.

Todo esto no es demasiado, porque Cristo mismo actúa y habla en sus apóstoles. Acudamos a su ayuda. Dirijámonos con confianza a la intercesión del Beato Josemaría. Él es el Padre que gastó cada momento de su vida por sus hijas y sus hijos. Escribió: **No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra (Ef 3, 15), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia**

⁵² BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 804.

⁵³ *Ibid.*, n. 942.

⁵⁴ *Lc* 12, 49.

*de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre*⁵⁵. En el Cielo sigue siendo nuestro Padre. Y la vía que nos indica para hacer más seguro nuestro camino es María. A Ella, Reina de los Apóstoles, confiamos los anhelos apostólicos que este aniversario suscita en nuestro corazón. Amén.

2001

Queridos hermanos y hermanas:

1. Dentro de pocos meses, el 9 de enero de 2002, se cumplirán cien años del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá, un aniversario para el que nos estamos preparando espiritualmente con la renovación de nuestros anhelos de santidad. Deseo para todos vosotros que sean de provecho los favores y las gracias, espirituales y materiales, que –estoy seguro– la Santísima Trinidad querrá otorgar al mundo con ocasión del primer centenario del Fundador del Opus Dei.

Hoy quisiera recordar algunos rasgos destacados del mensaje confiado por Dios al Beato Josemaría para los hombres y mujeres que buscan santificarse en las circunstancias ordinarias de la vida. Al comienzo del nuevo siglo, de hecho, el Santo Padre Juan Pablo II ha recordado que «la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la *santidad*»⁵⁶. Y ha añadido que el ideal de una existencia plenamente cristiana «no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos “genios” de la santidad (...). Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “*alto grado*” de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección»⁵⁷.

Como es sabido, la misión eclesial del Beato Josemaría ha sido la de reavivar en los cristianos, con nuevas fuerzas y formas nuevas, la conciencia de la llamada universal a la santidad y al apostolado. Recuerdo la vivacidad con la que durante un viaje a Brasil lo confirmaba en respuesta a una persona que le había preguntado por qué al inicio del Opus Dei alguno le había acusado de estar loco. *¿Te parece poca locura decir que en medio de la calle se puede y se debe ser santo? ¿Que puede y debe ser santo el que vende helados en un carrito, y la empleada que pasa el día en la cocina, y el director de una empresa bancaria, y el profesor de la universidad, y el que trabaja en el campo, y el que carga sobre las espaldas las maletas...? ¡Todos llamados a la santidad!*⁵⁸

2. Desde la oración colecta, en la liturgia de hoy, la Iglesia nos recuerda justamente lo que apenas he mencionado como el punto de partida más adecuado para cualquier reflexión sobre la figura de nuestro santo Fundador: *¡Oh Dios, que has elegido al Beato Josemaría, sacerdote, para anunciar la vocación universal a la santidad y al apostolado en la Iglesia...* Dios ha creado a nuestro Padre precisamente con vistas al cumplimiento de esta misión, a la cual él respondió con una dedicación fidelísima y sin condiciones a las gracias y carismas recibidos. Cada hombre y cada mujer que vienen al mundo son llamados a desempeñar una misión que sólo ellos pueden cumplir. Ninguno tiene delante de sí una vida carente de fin: todos son preciosos en la presencia del Señor, que dispone las circunstancias del modo más conveniente y otorga a cada alma las gracias necesarias para estar a la altura de la tarea que le ha sido asignada.

⁵⁵ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta 6-V-1945, n. 23.

⁵⁶ JUAN PABLO II, Carta apost. Novo millennio ineunte, 6-I-2001, n. 30.

⁵⁷ Ibid., n. 31.

⁵⁸ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes tomados en una reunión familiar*, São Paulo, 30-V-1974.

Pero, ¿qué es la santidad? ¿Qué significa aspirar a ser santos? ¿Quiere decir quizá ser impecables, no tener defectos, demostrar ser los más excelentes? Evidentemente no. Aquí en la tierra –repetiendo una enseñanza grata al Beato Josemaría– no hay santos. Los santos están todos en el cielo: aquí somos todos pobres pecadores. Pero pecadores –y he aquí el elemento verdaderamente calificante– que quieren amar de verdad a Jesús y, por esto, se levantan cada vez que caen, se acercan a menudo al sacramento de la Penitencia, buscan fortificar la propia vida espiritual recibiendo frecuentemente la Comunión eucarística, rezan insistentemente, se esfuerzan por cumplir del modo más perfecto posible sus propios deberes familiares, profesionales, sociales, y al mismo tiempo se empeñan en hacer que la justicia y la paz imperen en la sociedad. Pero quede bien claro que hacerse santos, con la ayuda determinante de la gracia, es una meta al alcance de todos.

Este empeño por alcanzar la perfección cristiana no significa uniformidad. Sin embargo, los múltiples caminos hacia la santidad convergen necesariamente en un punto: en la configuración con Cristo, fruto de la gracia y de la respuesta personal a la llamada divina. ***Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. – Y, también, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo***⁵⁹.

Para corresponder a todas las gracias que continuamente nos son donadas en cada situación de nuestra existencia nos dirigimos a Dios, fuente de santidad, invocando la ayuda del Beato Josemaría: *Concédenos también a nosotros por su intercesión y su ejemplo, cumplir fielmente el trabajo cotidiano en el Espíritu de Cristo, de manera que, configurados a tu Hijo, en unión con la Santísima Virgen María, sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención*. Recordamos que en todo momento, sin excepción alguna, el Señor nos asiste para que podamos santificar ese instante concreto.

3. Si buscamos de veras identificarnos con Cristo, la consecuencia es clara: debemos colaborar con Él para llevar a todos los hombres y a todas las mujeres los frutos de su Redención. ***No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra ut omnes homines salvi fiant (cfr. 1 Tim 2, 4), para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres***⁶⁰.

Son palabras tomadas de una homilía del Fundador del Opus Dei que se recuerdan en la conclusión de la colecta de la Misa, que habla de *servir con amor la obra de la Redención*. Ahora, Cristo, para salvarnos, ha querido subir a la Cruz; y he aquí que la oración sobre las ofrendas nos indica el único modo en el que nos es posible colaborar en la difusión de la salvación obrada por Jesús: buscando ofrecer todas nuestras acciones en estrecha unión con la Santa Misa, memorial que actualiza sacramentalmente la Muerte y la Resurrección de nuestro Señor. Gracias a la Eucaristía, estamos en condiciones de afirmar, con los Apóstoles: *possumus!*⁶¹, ¡podemos!

Por lo tanto, estamos invitados a rezar así: *Acoge, Padre, los dones que te ofrecemos en la conmemoración del Beato Josemaría, y haz que por esta renovación sacramental del sacrificio de la Cruz, sean santificadas todas nuestras obras*. En el pan y en el vino que constituyen la materia de la Eucaristía, fruto de la tierra y del trabajo humano, estamos representados todos nosotros: estamos invitados a hacernos también nosotros Eucaristía. Esta realidad reviste un significado muy preciso: la

⁵⁹ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 947.

⁶⁰ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 106.

⁶¹ Cfr. *Mt* 20, 22.

Cruz debe estar presente en nuestra vida y en nuestras acciones; sólo así tendremos la garantía de recorrer el camino que conduce a la santidad y de conformarnos siempre más fielmente al Salvador.

Hemos de comportarnos siempre de este modo, aunque notemos que *hay en el ambiente una especie de miedo a la Cruz, a la Cruz del Señor. Y es que han empezado a llamar cruces a todas las cosas desagradables que suceden en la vida, y no saben llevarlas con sentido de hijos de Dios, con visión sobrenatural. ¡Hasta quitan las cruces que plantaron nuestros abuelos en los caminos...!*. El Beato Josemaría describía con tono de pena este ofuscarse del espíritu cristiano que lleva a olvidar que la salvación y la felicidad verdaderas se encuentran solamente en la Cruz. Pero él no era propenso a perder la esperanza y, por esto, continuaba: *en la Pasión, la Cruz dejó de ser símbolo de castigo para convertirse en señal de victoria. La Cruz es el emblema del Redentor: in quo est salus, vita et resurrectio nostra: allí está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección*⁶².

La participación en la Cruz de Jesús (no todas las dificultades de las que nos lamentamos son la cruz de Jesús: muchas son más bien fruto de nuestra imaginación), la participación en la Cruz del Señor es signo de bendición divina, prueba de amor y de confianza por parte de Jesús. Sí, de confianza, porque en esos momentos es como si el Señor nos pidiese que le ayudásemos a llevar con Él el peso del patíbulo donde va a ser inmolado. Además, incluso humanamente el verdadero amor resplandece en el sacrificio por las personas amadas. *Algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse. El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz*⁶³.

4. Cuando se asume esta realidad, cuando se comprende que el encuentro con la Cruz, lejos de significar una experiencia negativa, representa un momento altamente fecundo, prenda de un premio que excede toda expectativa, surge espontáneo y profundo el sentido de una alegría y de una paz más fuertes que cualquier tempestad. Estos sentimientos acompañan siempre a quienes se empeñan por seguir la llamada de Jesús. La vocación cristiana abraza una multiplicidad de expresiones –lo hemos dicho ya–, pero éstas convergen invariablemente en un punto: saberse y sentirse hijos amadísimos de Dios que, en Cristo y bajo el impulso del Espíritu Santo, buscan caminar con rapidez hacia la meta final: la vida eterna en la Trinidad, de la cual la Santísima Eucaristía es una prenda oculta detrás de los velos de los signos sacramentales.

Las personas más felices del mundo son los verdaderos cristianos. Es precisamente esto lo que pediremos en la oración después de la comunión, dirigiendo al Padre celeste la siguiente súplica: *Padre Santo, confirma en nosotros, que hemos recibido este sacramento en la conmemoración del Beato Josemaría, el espíritu de adopción filial, a fin de que, cumpliendo siempre tu voluntad, recorramos con alegría el camino de nuestra vocación.*

Quisiera recordaros, para concluir, algunas palabras de la Carta apostólica sobre el nuevo milenio, en la cual el Papa escribe que «nos acompaña en este camino la Santísima Virgen». A María, Madre de Jesús y Madre nuestra, «Estrella de la nueva evangelización», nos confiamos. Hoy, en particular, le suplicamos que proteja el viaje apostólico de Juan Pablo II a Ucrania. Que la Virgen, «aurora luminosa y guía segura de nuestro camino»⁶⁴, allane el camino de la unidad de los cristianos y haga surgir una estación rica de frutos en la Iglesia. Os invito a invocarla con una jaculatoria que

⁶² BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Via Crucis*, II estación, n. 5.

⁶³ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 43.

⁶⁴ JUAN PABLO II, Carta apost. *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 58.

brotó hace cincuenta años del corazón y del alma del Beato Josemaría: *Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!* Así sea.

2002

Queridísimos hermanos y hermanas:

El 26 de junio, aniversario del *dies natalis* del Beato Josemaría Escrivá a la gloria del Cielo, es para todos nosotros un día de fiesta: un día en el que el agradecimiento a Dios se verifica en un renovado empeño de conversión, en el deseo de seguir más de cerca el ejemplo de fidelidad a la vocación cristiana que nos ha dado el Fundador del Opus Dei.

Hoy este aniversario adquiere un significado especial: en efecto, no sólo coincide con el año del centenario de su nacimiento, sino que por añadidura se sitúa a las puertas de su canonización. Todo esto nos estimula a intentar individuar con particular nitidez el núcleo del mensaje que el Señor nos ha querido transmitir a través de la figura del Beato Josemaría y de sus enseñanzas. Sí, porque tenemos la certeza de que en la vida y en la obra de este sacerdote santo el cristiano, que mira los sucesos del mundo con los ojos de la fe, puede ver transparentado el rostro de Dios. El Espíritu Santo nos habla a través de los santos, cuya misión consiste en conducir a los hombres hacia el Señor.

¿Qué nos dice el Beato Josemaría a todos nosotros? Su personalidad, tanto desde el punto de vista humano, como desde el sobrenatural, es tan rica que resulta difícil definir con brevedad su núcleo más característico. Pero, gracias a Dios, existen rastros desde los que se pueden extraer elementos válidos para una respuesta. Cuando, inmediatamente después de la muerte de nuestro amadísimo Fundador, Mons. Álvaro del Portillo, mi inolvidable predecesor, se vio obligado a tener que sintetizar su vida, el sentido de su misión, en una sola palabra –me refiero a la inscripción que se debía poner sobre la lápida que cubría su tumba– no tuvo dudas: EL PADRE. Una palabra, cargada de cariño, que resumía una larga historia de amor y de sacrificio: él había sido de verdad y sobre todo “padre” para tantas almas. Nos había enseñado a amar a Cristo, había velado por nuestra formación, nos había animado a recorrer la senda de la santidad en la humilde aceptación de nuestra flaqueza personal y –al mismo tiempo– con total confianza en la fuerza de la gracia, había suscitado en nosotros la decisión de hacer de nuestra vida un generoso servicio a la Iglesia y a todas las almas, transmitiéndonos la convicción de que la vocación cristiana es una llamada al apostolado.

La historia lo recordará entre las figuras más destacadas en la vida de la Iglesia del siglo XX: ha sido uno de aquellos grandes maestros de vida cristiana que han dejado impresa una huella imborrable en el fluir de los tiempos. Para los fieles de la Prelatura del Opus Dei, será siempre y ante todo *el Padre*. Él nos ha enseñado a elevar a Dios todo lo humano. Por eso, entre los aspectos más característicos de su espíritu se encuentra aquella fusión de las virtudes humanas y las virtudes sobrenaturales que da un tono tan natural, tan normal, a la vida cristiana: como la fe se expresa en una actitud de constante confianza, que rechaza tanto la presunción como el desánimo; como la esperanza es audacia, que no se deja encerrar por las coyunturas de la vida para gemir y lamentarse en un rincón, sino que se abre a los grandes ideales; así también la caridad es cariño, comprensión, amistad, lealtad... En el Beato Josemaría expresión eminente de la caridad fue precisamente la paternidad: un don que lo hacía inmensamente querido y cercano a todos los que tuvieron la fortuna de entrar en contacto con él.

Pienso que se puede afirmar sin ninguna duda que la paternidad espiritual constituye un elemento verdaderamente central en la figura del Beato Josemaría. Muchos de vosotros recordaréis

un texto en el que expresa la conciencia que tenía de sí y de su propia misión: ***No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, “de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra” (Ef 3, 15), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre***⁶⁵.

Sobre la base de esta premisa se puede comprender la fuerza con que el Beato Josemaría subrayaba que en el Opus Dei se respira aquel ambiente de familia, de unidad, que caracterizaba a la primitiva comunidad cristiana: una familia en la que cada uno debe sentirse querido tal como es –con sus defectos–, comprendido, estimado, no juzgado, disculpado, apreciado y, cuando sea necesario, corregido (sí, porque también esto es un modo de mostrar que amamos de verdad). Una familia no encerrada en sí misma, sino, como parte de la Iglesia, abierta a amar a todos, a llevar a todos el amor de Dios. El Beato Josemaría nos ha dado el ejemplo de un amor así, sin excepciones, sin condiciones. *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como Yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros*⁶⁶: la caridad es el reflejo más evidente del amor con que Dios nos ama. Y de ahí la insistencia del Beato Josemaría en recordar el valor de la fraternidad. Como escribe en *Camino*, en el cariño fraterno cada uno de nosotros encuentra un apoyo que se revela insustituible en la lucha espiritual, porque con nuestras solas fuerzas es bien poco lo que podemos hacer: «*Frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma*» – *El hermano ayudado por su hermano es fuerte como una ciudad amurallada*⁶⁷. Con Cristo, y como Cristo, debemos saber vivir para los demás.

En este mismo sentido escribe: ***¡Poder de la caridad! –Vuestra mutua flaqueza es también apoyo que os sostiene derechos en el cumplimiento del deber si vivís vuestra fraternidad bendita: como mutuamente se sostienen, apoyándose, los naipes***⁶⁸.

Quien ha tenido la gracia de conocer personalmente al Beato Josemaría relata episodios, muchas veces conmovedores, muy vivos, que atestiguan el inmenso cariño de que era capaz y que se expresaba en mil detalles, también en apariencia muy pequeños. Basta echar una mirada a las biografías hasta ahora publicadas para constatarlo. Pues bien: ahora, en el Cielo, tan cerca de Dios, pide incansablemente por nosotros, atiende a nuestras necesidades, intercede por nuestras intenciones.

Todos los días nos llegan cartas de las más diversas partes del mundo que cuentan favores espirituales y materiales obtenidos por su mediación. En la devoción que suscita la figura de este inolvidable siervo de Dios, de este siervo bueno y fiel, una devoción que el decreto pontificio sobre la heroicidad de sus virtudes califica como *verdadero fenómeno de piedad popular*, se advierte el cumplimiento de un designio divino: el Señor lo ha elegido como instrumento para reavivar en muchas almas la conciencia de que todas las actividades ordinarias de la vida pueden convertirse en oración, en camino y medio de santificación, fuente de paz y alegría en los corazones.

El encuentro con el Beato Josemaría o con sus escritos nos ha cambiado la vida a muchos de nosotros, nos ha llevado a encontrar a Cristo, a escucharlo, a ponernos en constante coloquio con Él, a sentir su llamada, a luchar por testimoniar una plena coherencia cristiana. De un modo u otro, todos hemos sido conducidos por él a una conversión real, al descubrimiento de la oración, a la práctica de la penitencia, a la alegría de una asidua participación en los sacramentos de la Penitencia y la

⁶⁵ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* 6-V-1945, n. 23.

⁶⁶ *Jn* 13, 34.

⁶⁷ *Prv* 18, 19; cfr. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 460.

⁶⁸ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 462.

Eucaristía. Gracias a sus enseñanzas, ante nosotros se han abierto los horizontes de un compromiso activo por la edificación del Reino de Cristo en el mundo. Por todo esto podemos considerarnos con todo derecho hijos suyos, y estar seguros de que, como buen Padre que es, no nos negará su personal intercesión para obtenernos las gracias que necesitamos.

En particular, confiamos hoy a su intercesión nuestra lucha por la santidad en medio del mundo. El Beato Josemaría nos ha enseñado a cultivar este gran ideal, el único verdaderamente necesario⁶⁹, en lo cotidiano, en esas ocupaciones nuestras que parecen comunes, pero que esconden algo divino y constituyen la trama de toda nuestra jornada: ***No está la santidad en hacer cada día cosas más difíciles, sino en acabarlas cada vez con más amor***⁷⁰. Pidámosle que nos ayude a asimilar esta verdad, auténtico nervio de su mensaje espiritual: que nos haga ver el rostro paterno de Dios que, en cada pequeño gesto, espera de nosotros un poco más de amor; que nos enseñe a transformar en oración –en diálogo con Dios– toda nuestra jornada.

En este contexto, quisiera leeros un texto muy rico en significado, acerca de una virtud que él consideraba característica del obrar cristiano, la naturalidad: ***Naturalidad quiere decir que lo sobrenatural –esa vida de Dios presente en nosotros– se revela en lo más sencillo, en lo ordinario, en la existencia de todos los días***⁷¹. La conclusión de esta reflexión me parece particularmente estimulante: ***Comportarse con naturalidad es una virtud que requiere esfuerzo, práctica asidua, aplicación***⁷². Quien obra movido por la conciencia de que Dios mismo es no sólo espectador, sino también destinatario de nuestros actos, comprende que está llamado al heroísmo, a la plenitud del amor, en las situaciones más ordinarias.

Que la intercesión de María Santísima, Madre de Cristo y Madre nuestra, nos obtenga de la Trinidad Santísima la gracia de una nueva conversión, de un nuevo inicio, más decidido, en el camino hacia la santidad en todas las circunstancias de nuestra existencia. Amén.

Un desafío para el siglo XXI

Homilía en la misa de acción de gracias por la canonización de San Josemaría Escrivá.

Roma, Plaza de San Pedro, 7 de octubre de 2002

Laudate Dominum omnes gentes (Sal 116 [117] 1), alabad al Señor todas las gentes. La invitación del Salmo responsorial, que ha resonado hace unos momentos, constituye un buen resumen de los sentimientos que se desbordan hoy de nuestro corazón: *Deo omnis gloria!*, para Dios toda la gloria. Queremos adorar al Dios tres veces Santo y darle gracias por el don con que ha enriquecido a la Iglesia y al mundo: la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, fundador del Opus Dei, realizada ayer por nuestro amadísimo Papa Juan Pablo II.

Nuestra gratitud se dirige también al Santo Padre, que ha dado cumplimiento a este designio de la Trinidad: mientras nos disponemos a elevar nuestra plegaria al Cielo, confiamos al Señor su Augusta Persona y sus intenciones. Sabemos que esta súplica agradecerá mucho a san Josemaría, que amó con toda su alma al Vicario de Cristo en la tierra, hasta el punto de no separar nunca ese amor al Papa del que profesaba a Jesucristo y a su Madre bendita. En efecto, desde el mismo instante en que el Señor irrumpió en su alma con los primeros barruntos del Opus Dei, que entonces aún no conocía,

⁶⁹ Cfr. Lc 10, 42.

⁷⁰ BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes tomados durante una meditación*, 15-XI-1964.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² *Ibid.*

comenzó a rezar y a trabajar para hacer realidad el clamor que brotaba de su corazón: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, todos, con Pedro, a Jesús por María.

Todos los participantes en esta Santa Misa, y las innumerables personas unidas espiritualmente a nosotros en el mundo entero, nos reconocemos gustosamente deudores del nuevo santo que Dios ha concedido a la Iglesia. Muchos de nosotros hemos obtenido por su intercesión gracias y favores de todo tipo. No pocos nos esforzamos por seguir sus pasos de fidelidad al Señor en la tierra, tratando de reproducir en nuestras almas el espíritu que él encarnó. A todos, san Josemaría nos ha mostrado —con su ejemplo y con sus enseñanzas— un modo bien concreto de recorrer la senda de la vocación cristiana, que tiene como meta la santidad. Por esto, la canonización del fundador del Opus Dei asume los rasgos característicos de una fiesta: la fiesta de esta gran familia de Dios, que es la Iglesia. Por todo esto queremos dar gracias al Señor en esta celebración eucarística.

No han transcurrido cuarenta años desde que el Concilio Vaticano II proclamó la llamada universal a la santidad y al apostolado pero queda aún mucho camino por recorrer, hasta que esa verdad llegue efectivamente a iluminar y a guiar los pasos de los hombres y las mujeres de la tierra. Lo ha recordado explícitamente el Romano Pontífice, en su Carta apostólica *Novo Millennio ineunte*, al proponer esa doctrina como «fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio» (NMI 31).

Todos en la Iglesia, cada Pastor y cada fiel, estamos llamados a comprometernos personalmente en la búsqueda diaria de la santidad personal y a participar —también personalmente— en el cumplimiento de la misión que Cristo nos ha confiado. Si el siglo XX ha sido testigo del “redescubrimiento” de esa llamada universal —que estaba contenida en el Evangelio desde el principio, y de la que san Josemaría Escrivá fue constituido heraldo por la personal vocación divina recibida—, el siglo que estamos recorriendo ha de caracterizarse por una más efectiva y extensa puesta en práctica de esa enseñanza. He aquí uno de los grandes desafíos que el Espíritu lanza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

San Josemaría Escrivá procuró despertar esta urgencia de santidad en todos los hombres. El hecho de que su canonización haya tenido lugar en los albores del nuevo siglo, resulta particularmente significativo. Su mensaje resuena con especial fuerza en los momentos actuales: ***Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —homo peccator sum (Lc 5, 8), decimos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad: no es necesario abandonar el propio estado en el mundo, para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo*** (Carta 24-III-1930, n. 2).

En todo instante —como aconsejaba el nuevo Santo ya desde los años 30— hay que *buscar* al Señor, *encontrarle* y *amarle*. Sólo si nos esforzamos día tras día en recorrer estas *tres etapas*, llegaremos a la plena identificación con Cristo: a ser *alter Christus, ipse Christus*. ***Quizá comprendéis*** —os repito con sus palabras— ***que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre (...). Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos (cfr. Flp 3, 20) (Amigos de Dios, n. 300).***

A Jesús le encontramos en la oración, en la Eucaristía y en los demás sacramentos de la Iglesia; pero también en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes familiares, profesionales y sociales propios de cada uno. Se trata en verdad de un objetivo arduo, que sólo al final del peregrinar terreno podremos alcanzar plenamente. ***Pero no me perdáis de vista que el santo no nace: se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana.*** Así exhortaba San Josemaría en una de sus homilías; y añadía: ***Por eso te digo que, si deseas portarte como un cristiano consecuente (...), has de poner un cuidado extremo en los detalles más nimios, porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas*** (*Ibid.*, n. 7).

Santificar el trabajo. Santificarse con el trabajo. Santificar a los demás con el trabajo. En esta frase gráfica resumía el Fundador del Opus Dei el núcleo del mensaje que Dios le había confiado, para recordarlo a los cristianos. El empeño por alcanzar la santidad se halla inseparablemente unido a la santificación de la propia tarea profesional —realizada con perfección humana y rectitud de intención, con espíritu de servicio— y a la santificación de los demás. No es posible desentenderse de los hermanos, de sus necesidades materiales y espirituales, si se quiere caminar en pos del Señor. ***Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura (cfr. Mt 13, 33) que ha de informar la masa entera*** (*Es Cristo que pasa*, n. 120).

La Providencia divina ha dispuesto que la trayectoria terrena de san Josemaría Escrivá tuviese lugar en el siglo XX, tiempo que ha presenciado enormes desarrollos de la ciencia y de la técnica, que no siempre, por desgracia, han estado al servicio del hombre. En efecto, es preciso reconocer que, junto a logros admirables del espíritu humano, en este tiempo nuestro abundan los torrentes de aguas amargas, que tratan inútilmente de apagar la sed de felicidad de los corazones. Pero también es cierto —como escribió mons. Álvaro del Portillo— que, con el mensaje espiritual del nuevo Santo, «todas las profesiones, todos los ambientes, todas las situaciones sociales honradas (...) han quedado removidas por los Ángeles de Dios, como las aguas de aquella piscina probática recordada en el Evangelio (cfr. *Jn* 5, 2 y ss), y han adquirido fuerza medicinal» (*Carta pastoral*, 30-IX-1975, n. 20).

Al recordar al primer sucesor de nuestro Padre, a don Álvaro del Portillo, sentimos muy cerca su presencia espiritual en estos momentos. Con él podemos afirmar, llenos de agradecimiento a Dios, que gracias a la doctrina y al espíritu del fundador del Opus Dei, «hasta de las piedras más áridas e insospechadas han brotado torrentes medicinales. El trabajo humano bien terminado se ha hecho colirio, para descubrir a Dios en todas las circunstancias de la vida, en todas las cosas. Y ha ocurrido precisamente en nuestro tiempo, cuando el materialismo se empeña en convertir el trabajo en un barro que ciega a los hombres, y les impide mirar a Dios» (*Ibid.*).

Saludo a quienes habéis acudido a Roma desde países de lengua inglesa, para asistir a la canonización de San Josemaría Escrivá. Al regresar a vuestros hogares, llevad con vosotros y tratad de poner en práctica las enseñanzas del nuevo Santo. Pedid a San Josemaría que os enseñe a ***convertir la prosa diaria*** —las situaciones más comunes— ***en versos de poema heroico***: en afanes y realidades de santidad y de apostolado.

A los que procedéis de países de lengua francesa, os recuerdo la importancia de colaborar en la misión apostólica de la Iglesia, que es deber de todo cristiano, procurando fecundar con el espíritu del Evangelio las artes y las letras, las ciencias y la técnica. Pedid la intercesión de San Josemaría,

para llevar a la práctica aquella aspiración que Dios mismo grabó en su alma: poner a Cristo —con nuestro trabajo, sea el que sea— *en la cumbre de todas las actividades humanas*.

Hoy la Iglesia venera a la Virgen Santísima con la advocación de Nuestra Señora del Rosario. Me da alegría pensar que la canonización de nuestro Fundador ha tenido lugar en la víspera de una fiesta de Santa María; esta coincidencia es como un signo más de su cariñosa asistencia de Madre. A su mediación materna acudimos, llenos de confianza, al tiempo que renovamos nuestro agradecimiento al Señor por esta canonización. *Deo omnis gloria!*, repito una vez más, mientras pedimos que se difunda entre los cristianos, cada día con más fuerza, el deseo de santidad personal y de apostolado en las circunstancias de la vida ordinaria. Así sea.

La etapa de la conversión personal

Homilía en la última misa de acción de gracias por la canonización de San Josemaría Escrivá.

Roma, Basílica de San Eugenio, 10 de octubre de 2002

Están a punto de concluir las inolvidables jornadas de la canonización de san Josemaría Escrivá. Dentro de unos momentos, sus venerados restos mortales serán trasladados de nuevo a la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, después de que han sido expuestos a la veneración de los fieles durante ocho días en esta basílica de San Eugenio. Enseguida comenzará la diáspora —ya dio inicio, para muchos, inmediatamente después de la canonización—, y todos volveremos a nuestros quehaceres habituales: a la vida ordinaria, que es la palestra de nuestra lucha por alcanzar la santidad.

Preguntémonos: ¿qué propósito podemos sacar de estos días transcurridos en Roma, en los que hemos experimentado la maravilla de la universalidad de la Iglesia, y de esta partecica de la Iglesia que es el Opus Dei? ¿Cómo ha de discurrir mi vida, de ahora en adelante? ¿Qué puedo decir de parte de san Josemaría a los que no han podido asistir a la canonización, aunque han estado bien presentes espiritualmente durante estos días?

Si fuera yo quien les hablara, les recordaría aquella consideración que nos ofreció el queridísimo don Álvaro hace diez años, en una de las últimas misas de acción de gracias por la beatificación de nuestro Padre. Comentaba entonces, y yo hago mías sus palabras, que comenzaba «una nueva etapa en la vida del Opus Dei (...), en la vida de cada uno de sus miembros. Una etapa de un amor más profundo a Dios, de un empeño apostólico más constante, de un servicio más generoso a la Iglesia y a toda la humanidad. Una etapa, en definitiva, de fidelidad más plena al espíritu de santificación en medio del mundo que nuestro Fundador nos ha dejado en herencia» (*Homilía en la Misa de acción de gracias por la beatificación de Josemaría Escrivá*, 21-V-1992). En otras palabras: buscar a diario la conversión personal.

Querría glosar brevemente estos tres puntos. Pido al Señor que los grave hondamente en nuestros corazones y nos ayude a ponerlos en práctica.

Amor más profundo a Dios.

Durante varios meses, como preparación para este acontecimiento, nos hemos esforzado por convertirnos cada jornada. ¡Cuántas veces habremos suplicado esta gracia por intercesión de san Josemaría Escrivá! Somos conscientes de que el camino de la santidad se encuentra constelado de sucesivas mudanzas. La conversión, en efecto, no consiste sólo en abrazar la verdadera fe, ni en rechazar el pecado para dar cabida a la gracia. Ciertamente, moverse habitualmente en la amistad de Dios es requisito indispensable para acceder a su intimidad. Pero eso sólo no basta: se requiere crecer

—como hizo nuestro Padre— en esa intimidad, identificándose progresivamente con Cristo, hasta que llegue el momento en que cada uno de nosotros pueda exclamar con san Pablo: *vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus* (Gal 2, 20), no vivo yo, sino que Cristo vive en mí, porque trato de seguir con fidelidad, en todo momento, las huellas que el Señor ha dejado a su paso por la tierra. «No te contentes nunca con lo que eres —te recuerdo con palabras de san Agustín—, si quieres llegar a lo que todavía no eres. Porque allí donde te consideraste satisfecho, allí te paraste. Si dijeres: “¡Ya basta!” , percaste. Crece siempre, progresa siempre, avanza siempre» (Sermón 169, 18).

En la peregrinación hacia el Cielo, resulta imprescindible ese esfuerzo por adelantar cada día, colaborando con el Espíritu Santo en la tarea de la santificación. Y esto se logra a base de una conversión, y de otra, y de otra, en puntos quizá pequeños, pero concretos y constantes, que son como pasos del alma en su constante acercamiento a Dios.

Resulta por eso conveniente que, como fruto de estos días, renovemos a fondo el afán de poner en práctica las enseñanzas de quien el Señor constituyó —al hacerle *ver* el Opus Dei— en heraldo y maestro de la llamada universal a la santidad y al apostolado en las circunstancias de la vida ordinaria. Pidamos a Dios Padre, por la intercesión de este santo sacerdote, como la Iglesia nos invita a hacer en la colecta de la Misa, para que, *realizando fielmente el trabajo cotidiano según el Espíritu de Cristo, seamos configurados a tu Hijo* (Misa de san Josemaría, *Colecta*). Te rogamos, Señor, que todos los cristianos ahondemos en el sentido de la filiación divina, con el ímpetu y la eficacia con que lo intentó San Josemaría, en fiel respuesta a los impulsos del Paráclito.

Aunque cada uno de nosotros es muy poquita cosa, nuestra esperanza aparece segura: Dios Padre está empeñado en llevarnos a la perfección de la caridad, en Cristo, por el Espíritu Santo. En efecto, “los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abbá, Padre!» . Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con Él también glorificados” (Rm 8, 14-17).

El propósito de amar más a Dios, de identificaros plenamente con Jesucristo, de corresponder a la acción del Espíritu Santo, se ha de traducir en **un empeño apostólico más constante**, como nos sugiere la liturgia al invitarnos a pedir que, *en unión con la Santísima Virgen María, sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención* (Misa de san Josemaría Escrivá, *Colecta*).

Estáis a punto de emprender el regreso a vuestros países, a vuestros hogares, a vuestros trabajos. Hacedlo decididos a ser los instrumentos que el Señor desea utilizar para extender su palabra y su gracia sobre la tierra. Echad una ojeada a vuestro alrededor, al círculo profesional, social o familiar en el que os movéis, y descubriréis a tantas personas, ¡hijas e hijos de Dios!, que no valoran suficientemente la excelsa dignidad a que las elevó el Bautismo, ni la grandiosa vocación con la que el Señor las llama a participar de su misma Vida. Quizá nadie les ha hablado de Dios, o no les ha comunicado de modo convincente la noticia de que están destinadas a la Felicidad con mayúscula, a esa felicidad eterna a la que aspiran todas las criaturas humanas, y que las cosas de aquí abajo no pueden dar.

Hemos de despertarles de su sopor, abrirles los ojos con la elocuencia de nuestra vida y el entusiasmo de nuestras palabras, y así conducirles hacia Jesús. Contamos con la ayuda poderosa de la Virgen y de san José, de los Ángeles Custodios, de san Josemaría y de todos los santos y santas de Dios. No somos mejores que ellos, pero el Señor, en su Amor infinito, nos ha buscado y nos invita a

recorrer todos los caminos y las encrucijadas del mundo al encuentro de nuestros hermanos, los hombres y mujeres que nos rodean.

Se repetirá una vez más el milagro que nos relata la página del Evangelio de hoy, cuando los apóstoles, fieles al mandato de Cristo, *recogieron gran cantidad de peces: tantos, que las redes se rompían* (Lc 5, 6). Con palabras del Fundador del Opus Dei, también nosotros, ***recordando la miseria de que estamos hechos, teniendo en cuenta tantos fracasos por nuestra soberbia; ante la majestad de ese Dios, de Cristo pescador, hemos de confesar lo mismo que san Pedro: Señor, yo soy un pobre pecador (cfr. Lc 5, 8). Y entonces, ahora a ti y a mí, como antes a Simón Pedro, Jesucristo nos repetirá lo que nos sugirió hace tanto tiempo: desde ahora serás pescador de hombres (Lc 5, 10), por mandato divino, con misión divina, con eficacia divina*** (*Apuntes tomados en una meditación, 3-XI-1955*).

Nuestro empeño por ser santos y hacer apostolado tiene una sola finalidad: la gloria de Dios, la salvación de las almas: **un servicio más generoso a la Iglesia y a toda la humanidad**, como se expresaba don Álvaro hace diez años. Pero no olvidemos que no sabremos servir a quienes nos esperan, si cotidianamente no ponemos este afán de atender a los que con nosotros conviven. Durante su existencia terrena, san Josemaría Escrivá no tuvo otra mira que servir a Dios, a la Iglesia, al Romano Pontífice y a todas las almas. Seguía el ejemplo del Maestro, que *no ha venido a ser servido, sino a servir, y dar su vida en redención de muchos* (Mt 20, 28). Quiso este santo sacerdote a las almas, porque se ejerció en una caridad fina con quienes estaban a su alrededor.

Siendo servidor de todos, nuestro Padre se gozaba especialmente en el servicio filial a la Iglesia y al Papa. ***Pensad siempre*** —escribió— ***que después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Papa. Por eso, mucha veces digo: gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón*** (*Carta 9-I-1932, n. 20*).

Procuremos imitar este amor y esta veneración al Papa. Su dignidad de Vicario de Cristo, de *dolce Cristo in terra*, constituye título más que suficiente para que nos sintamos unidos al Romano Pontífice de todo corazón, como consecuencia de un verdadero y propio deber filial. Pero, además, resulta lógico que deseemos manifestar nuestra gratitud a Juan Pablo II, por haber sido el instrumento de Dios para la canonización de nuestro Fundador, y que ofrezcamos por su Persona y sus intenciones una oración intensa, una mortificación generosa, una tarea profesional realizada con perfección sobrenatural y humana.

Tened presente al Papa —os digo con nuestro Padre— sobre todo ***cuando la dureza del trabajo os haga recordar quizá que estáis sirviendo, porque servir por Amor es una cosa deliciosa, que llena de paz el alma, aunque no falten sinsabores*** (*Carta 31-V-1943, n. 11*). Si seguimos estas recomendaciones, recorreremos con seguridad y *con alegría el camino de nuestra vocación* (Misa de san Josemaría, *Oración después de la Comunión*).

Confiemos estos propósitos a la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia. Ella, con la colaboración de su Esposo san José, a quien tanto veneramos, de los santos Ángeles Custodios, de todos los santos y, de modo especial, de san Josemaría Escrivá, presentará esos deseos ante la Trinidad Beatísima, que los acogerá benignamente, los confirmará y nos concederá la gracia de cumplirlos fielmente. Así sea.

2003

Queridos hermanos y hermanas.

1. San Ambrosio afirma que «el nacimiento de los santos va acompañado de una alegría general, porque los santos son un bien que pertenece a todos»⁷³. También el 26 de junio, “dies natalis” de San Josemaría Escrivá, es un día de alegría para la Iglesia y de exultación para las personas — centenares de millares— que en todo el mundo colman grandes templos urbanos y pequeñas iglesias rurales para dar gracias a Dios, siempre “admirable en sus santos”⁷⁴, por habernos concedido este amigo y protector. Si bien la devoción a este santo sacerdote se ha difundido en todo el mundo, pienso que, en Roma, esta festividad adquiera una fuerza especial, porque aquí el fundador del Opus Dei entregó su alma a Dios y aquí, en la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, se veneran sus restos sagrados.

Este año es la primera vez que conmemoramos a Josemaría Escrivá con el título de santo, canonizado por el Santo Padre Juan Pablo II el pasado 6 de octubre. Por esta razón el día de hoy asume un tono particularmente festivo para nosotros, que deseamos inspirar nuestra vida cristiana con su espíritu y con el ejemplo de sus enseñanzas, y que nos sentimos deudores de su intercesión por tantas gracias y favores recibidos del Cielo.

San Josemaría es y será siempre una figura muy cercana a nosotros. No sólo por su personalidad de gran alcance histórico, sino porque recurrimos de forma habitual a su intercesión en las diversas necesidades cotidianas, también en las más pequeñas. Hemos experimentado su paternidad, sabemos que nos escucha, nos acompaña, nos sostiene. Verdaderamente se trata de una figura familiar, pues aún no han pasado muchos años desde su marcha al Cielo. Algunos de nosotros lo hemos conocido personalmente; pero pienso que todos nos dirigimos a él en la intimidad de nuestra alma, donde el Señor le concede el hacerse presente para ayudarnos a recorrer el camino de la santidad y del compromiso apostólico.

Gratias tibi, Deus, gratias tibi! Nuestro agradecimiento adquiere hoy una intensidad muy particular. Damos gracias, en primer lugar, a la Trinidad Santísima, que ha donado al mundo y a la Iglesia este siervo santo, alegre, lleno de celo apostólico. Damos gracias a la Virgen María, porque todas las gracias nos llegan a través de su mediación materna. Gracias, en fin, a San Josemaría por su fidelidad, por la completa dedicación a la misión que Dios le asignó desde la eternidad: abrir en el mundo un camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano, como recita la oración con la cual millones de personas invocan su intercesión. Un camino que puede ser recorrido —de hecho ya lo recorren— por innumerables hombres y mujeres de las más diversas condiciones. *Gratias tibi, Deus, gratias tibi!*

2. El Evangelio de la Misa es una invitación a considerar, una vez más, la llamada de Jesús a sus primeros discípulos. El Señor fue a buscar a Pedro y a Andrés mientras se encontraban inmersos en su trabajo profesional. Les pide prestada la barca y que la alejen un poco de la orilla para poder dirigir la palabra a la muchedumbre. Cuando terminó de hablar, les invitó a navegar mar adentro y a lanzar las redes para la pesca. Simón Pedro, después de alguna resistencia inicial vencida por la fe en la palabra de Jesús, asistió estupefacto al milagro de una pesca extraordinaria. Luego, ante la invitación del Señor —“desde ahora serán hombres los que has de pescar”⁷⁵— maduró la decisión de acompañar a Jesús para siempre, junto con los otros once: “sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron”⁷⁶.

⁷³ SAN AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam* II, 30.

⁷⁴ *Sal* 67/68, 6 (Vg)

⁷⁵ *Lc* 5, 10

⁷⁶ *Ibid.*, 11.

San Josemaría meditó con frecuencia este episodio, en el que descubría una clara confirmación del encargo que Dios le había encomendado: mostrar a todos los hombres que el trabajo profesional, los asuntos seculares, pueden ser ocasión de un encuentro personal con Cristo, que a todos llama a la santidad y al apostolado. En un punto de Camino resume así estas consideraciones: *Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión? Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores... Y, ¡asómbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos*⁷⁷.

A partir de 1928, el Fundador del Opus Dei predicó incansablemente este mensaje y se empeñó por difundirlo y ponerlo en práctica. Éste fue el objetivo de su existencia terrena, la tarea a la que dedicó todas sus energías, los recursos humanos y sobrenaturales con los cuales Dios le había dotado. Ahora, desde el Cielo, prosigue en el cumplimiento de esta misión, intercediendo ante el trono de Dios para que muchos hombres y muchas mujeres se dediquen con todas sus fuerzas a seguir a Jesús de cerca: para que busquen la identificación con Cristo —en esto consiste la santidad— en las circunstancias ordinarias de la vida.

En los veintiocho años transcurridos desde el tránsito del Fundador del Opus Dei al Cielo, han llegado a las oficinas de la Prelatura más de ciento veinte mil relaciones de gracias atribuidas a la intercesión de San Josemaría. Proviene de todas las partes del mundo: desde la selva amazónica hasta las nieves de la Antártida, desde grandes ciudades hasta pequeños pueblos perdidos. Examinando esta masa de testimonios, uno se percata rápidamente de que, además de atender las más diversas peticiones que se le hacen, concede a sus devotos en primer lugar muchas gracias espirituales. Así hace honor a la promesa que tantas veces formuló en los últimos años de su vida, cuando comenzó a considerar que se acercaba el momento de su encuentro con Dios: desde el Cielo os ayudaré más.

A vosotros que me escucháis, os aconsejo recurrir a San Josemaría en todas vuestras necesidades materiales y espirituales, grandes y pequeñas. El Padre os sigue con afecto, con atención, y obtendrá ciertamente de Dios para vosotros mucho más de lo que solicitáis. Pedid con fe, con insistencia, buscando identificaros con la Voluntad divina, hacerla vuestra y cumplirla. Con la intercesión de San Josemaría, acercaos con frecuencia a los canales de la gracia que son los sacramentos.

3. Desde el 2 de octubre de 1928, cuando Dios le desveló la inmensa tarea para la que le había destinado, San Josemaría fue plenamente consciente de que esa misión no podía circunscribirse a un lugar o a un tiempo determinado, sino que poseía un alcance universal y permanente. La vida ordinaria —la familia, el trabajo, las relaciones sociales, etc.— son realidades permanentes. Como afirmó el Papa el día de la canonización, resumiendo el mensaje de San Josemaría, «el trabajo y cualquier otra actividad, llevada a cabo con la ayuda de la gracia, se convierten en medios de santificación cotidiana»⁷⁸.

La universalidad de la figura y de la enseñanza de San Josemaría se refleja, con palmaria evidencia, en la variedad de los lugares donde es venerado. Hoy o en los próximos días será conmemorado en las Misas que se desarrollarán en centenares de ciudades de los cinco continentes, muchas de ellas celebradas por los respectivos Obispos diocesanos.

⁷⁷ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 799

⁷⁸ JUAN PABLO II, Homilía en la Misa de la Canonización de Josemaría Escrivá, 6-X-2002.

Escuchando en el Evangelio el mandato imperioso de Jesús —“*duc in altum!*”—, resuena una vez más la invitación del Papa a dejar la huella cristiana en el siglo que acaba de comenzar. «¡Avancemos con esperanza!», escribió en el año 2001. «Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos»⁷⁹.

En la homilía de la Misa de canonización, Juan Pablo II recordó cómo San Josemaría «acogió sin vacilar la invitación hecha por Jesús al apóstol Pedro (...): *Duc in altum!* La transmitió a toda su familia espiritual, para que ofreciese a la Iglesia una aportación válida de comunión y servicio apostólico. Esta invitación se extiende hoy a todos nosotros. “Rema mar adentro —nos dice el divino Maestro— y echad las redes para la pesca” (*Lc 5, 4*)»⁸⁰.

Todos hemos sido invitados a seguir a Cristo de cerca; la mayoría de vosotros sin abandonar la familia, el trabajo, la propia situación en la sociedad. No hemos de tener miedo a navegar mar adentro en todas nuestras actividades, a ser verdaderos apóstoles de Cristo, a dejar que Jesús suba a nuestra barca —entre verdaderamente en nuestra vida— y que sea Él quien la gobierne.

Confiamos a la Virgen, Madre nuestra, por la intercesión de San Josemaría, estos deseos que el Maestro mismo ha sembrado en nuestro corazón. Así sea.

2004

Queridos hermanos y hermanas.

1. Hace pocos días los sacerdotes, en la Liturgia de las Horas, hemos meditado de nuevo la elección que Dios hace de David como rey de Israel⁸¹. La descripción de la escena es sencilla y clara. Dice el texto sagrado que David era un muchacho de aspecto agradable, muy simpático. Al verlo, el profeta reacciona con cierta perplejidad, pero el Señor le dice: no temas, éste es el hombre elegido.

Este pasaje de la Escritura me ha traído a la mente la figura extraordinaria de San Josemaría Escrivá, llamado por el Señor cuando tenía quince, dieciséis años, para una misión desproporcionada. Fue elegido, como expresa la oración colecta de la Misa, para proclamar la vocación universal a la santidad y al apostolado. Pensad qué maravilla: todos los hombres y todas las mujeres que viven en medio del mundo están llamados a realizar en su propia vida la epopeya de la santidad.

A lo largo de los años transcurridos desde su *dies natalis*, la figura de nuestro amadísimo Padre se ha agigantado: ha traspasado los confines de muchísimos países y le invocan millones de personas en todo el mundo, que ven en él no sólo un intercesor a quién recurrir ante las más diversas necesidades, sino también un maestro de vida espiritual y un ejemplo para seguir.

Con gran alegría hemos podido leer en el reciente libro de Juan Pablo II, que lleva el sugestivo título de ¡Levantaos! ¡Vamos!, algunos fragmentos dedicados al Opus Dei y a su Fundador. Entre otras cosas, el Papa da gracias a Dios por haber tenido la alegría de inscribir en el registro de los

⁷⁹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 58

⁸⁰ JUAN PABLO II, Homilía en la Misa de la Canonización de Josemaría Escrivá, 6-X-2002.

⁸¹ Cfr. 1 *Sam* 16, 1-13.

santos a Josemaría Escrivá “celoso sacerdote, apóstol de los laicos para los tiempos nuevos”⁸². Agradecemos también nosotros a la Trinidad Santísima los dones que concede al mundo a través de nuestro Padre, y hagamos el propósito de recurrir siempre con mayor confianza a su intercesión, de aprender mejor sus enseñanzas y llevarlas a la práctica siguiendo su luminoso ejemplo.

Estos son los rasgos esenciales que la liturgia de hoy nos invita a considerar. En el Prefacio de la Misa, en efecto, la Iglesia manifiesta la alegría de celebrar la fiesta de los santos Pastores (hoy la fiesta de San Josemaría) y sintetiza así los motivos de tanto regocijo: porque la fortaleces con su ejemplo, la instruyes con su palabra, la proteges por su intercesión. Reflexionemos brevemente sobre estos tres aspectos.

2. La fortaleces con su ejemplo. ¡Cuántas veces repetía San Josemaría que el apostolado empieza siempre con el ejemplo! Lo había aprendido en el Evangelio, meditando la vida de Nuestro Señor, que -como relatan los Hechos de los Apóstoles- antes de ilustrar con la doctrina enseñaba con el ejemplo: *cœpit Iesus facere et docere* (Act 1, 1). Así hizo también San Josemaría. No enseñó nunca nada que él mismo no hubiera tratado primero de reproducir, con la gracia de Dios y con el esfuerzo personal, en su propia vida. Por este motivo, su figura y su mensaje son así de atractivos. Su propuesta de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano -como se recuerda al concluir la oración de los fieles- no es una enunciación teórica sino una realidad muy concreta avalada por su lucha espiritual por identificarse con Cristo, imitando al divino Maestro especialmente durante los años de Nazaret.

Si dar buen ejemplo es siempre algo de gran importancia, lo es particularmente en nuestros días. Como recuerda Juan Pablo II, “el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros, más a la experiencia que a la doctrina, más a la vida y a los hechos que a las teorías. El testimonio de la vida cristiana es la primera e insustituible forma que adopta la misión: Cristo, de cuya misión somos continuadores, es el “testigo” por excelencia (Ap 1, 5; 3, 14) y modelo de testimonio cristiano”⁸³.

Hermanos y hermanas queridísimos, se nos ofrece aquí una primera oportunidad de examen y meditación. Os invito a preguntaros en el silencio de vuestro corazón: ¿soy un testigo creíble de Cristo en medio del mundo?, ¿me esfuerzo de verdad por ser coherente con mi fe en cualquier circunstancia? Los que observan mi comportamiento en el ambiente familiar, social, profesional, etc., ¿pueden ver en mí un reflejo de Cristo?

Sólo si nuestra vida se modela sobre el ejemplo de Jesús, estaremos en condiciones de acercar a otros al Señor. “¿Cómo lo mostraremos a las almas? -se preguntaba San Josemaría. Y añadía: con el ejemplo: que seamos testimonios suyo, con nuestra voluntaria servidumbre a Jesucristo, en todas nuestras actividades, porque es el Señor de todas las realidades de nuestra vida, porque es la única y definitiva razón de nuestra existencia. Después, cuando hayamos prestado ese testimonio del ejemplo, seremos capaces de instruir con la palabra, con la doctrina. Así obró Cristo: “cœpit facere et docere” (Act 1, 1), primero enseñó con obras, después con su predicación divina”⁸⁴.

3. Llegamos así a otro rasgo característico de la vida de San Josemaría. El Señor se sirvió de él y continúa sirviéndose de su doctrina, incansablemente predicada también con la palabra, para proporcionar a los cristianos la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Como recita

⁸² JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, 2004.

⁸³ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, 7-XII-1990, n. 42; cfr. Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 41.

⁸⁴ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n.182.

el Prefacio de la Misa: instruyes a la Iglesia con sus enseñanzas. Porque no basta comportarse de modo ejemplar: es necesario hablar de Dios, darlo a conocer también con la palabra. Los testigos mudos no sirven, exclamaba el Fundador del Opus Dei.

San Josemaría predicó mucho, con frecuentes viajes que lo llevaron a muchos países de Europa y de América para hablar de Dios: un verdadero “maratón” apostólico. Movidado por el amor a Dios y a las almas, explicaba a multitudes y a pequeños grupos las razones de la fe cristiana exhortándoles a ser fieles.

Su mensaje se dirigía a todos los cristianos y a tantos hombres y mujeres de buena voluntad: los que se acercaban a él recibían un poderoso estímulo espiritual. Para todos tenía palabras animantes, como las que resuenan en una de sus homilías: *El apostolado cristiano (...) es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez –os decía– con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina*⁸⁵.

Adentrados ya en el siglo veintiuno, constatamos que la gente tiene hambre y sed de Dios, como aquellas muchedumbres –lo hemos oído en el Evangelio– que se arremolinaban junto a Jesús para escuchar la palabra de Dios (cfr. *Lc 5, 1*). ¿Y cómo le oirán hoy, si los cristianos no la anunciamos con nuestro ejemplo y con nuestros labios? Nadie puede desinteresarse de esta obligación, a pesar de las limitaciones personales. Porque no lo hacemos en virtud de nuestra elocuencia o de nuestros méritos –no los tenemos–, sino en virtud de un mandato preciso del Señor: **Id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros... –Esto ha dicho Jesús... y te lo ha dicho a tí**⁸⁶. Procuremos antes que nada llevar a muchas personas a frecuentar los sacramentos: la confesión, la comunión. Enseñémosles a rezar. El Pan y la Palabra, la Eucaristía y la oración constituyen el alimento fundamental de toda alma.

Procuremos formular algún propósito concreto que sea como el fruto de esta celebración. Confiemos nuestras súplicas a San J Josemaría. Pero dirijámonos a él con fe, seguros insistentemente –cito una vez más el prefacio de la Misa– de que con su intercesión nos protege a nosotros y a la Iglesia entera. Él, como buen hijo, depositará nuestras peticiones en manos de María. De este modo –como le gustaba repetir a Mons. Álvaro del Portillo– nuestras oraciones, perfumadas por la Virgen, llegarán infaliblemente ante la presencia de Dios y serán escuchadas por Él. Así sea.

2005

Queridos hermanos y hermanas.

1. Una vez más celebramos con alegría la fiesta litúrgica de San Josemaría Escrivá, anticipándola este año al 25 de junio porque mañana es domingo. Esto nos permite conmemorar al Fundador del Opus Dei el mismo día del aniversario de la ordenación sacerdotal de Mons. Álvaro del Portillo, mi queridísimo predecesor, y de otros dos hijos de nuestro Padre, que en el lejano 1944 fueron los primeros que recibieron el presbiterado en el Opus Dei. Así comenzaba una larga cadena de “ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (1 *Cor 4, 1*), al servicio de la Iglesia y de las almas. En realidad, el primer anillo de esa cadena es precisamente San Josemaría, que ahora se halla firmemente anclado a Nuestro Señor por toda la eternidad, y que desde el cielo

⁸⁵ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 149.

⁸⁶ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 904.

continúa intercediendo por todos nosotros. Os invito, por eso, a dar gracias a la Santísima Trinidad por el don del sacerdocio concedido a la Iglesia, y a pedir que haya muchas vocaciones sacerdotales en el mundo entero.

Mañana es además el trigésimo aniversario del *dies natalis* de San Josemaría. A nosotros, criaturas inmersas en el tiempo, treinta años pueden parecernos muchos; no son nada si los comparamos con la eternidad en la que viven los santos.

La fiesta de hoy queda resaltada aún más por el hecho de estar recorriendo el Año de la Eucaristía, que ha sido la última gran iniciativa pastoral del siervo de Dios Juan Pablo II. Está muy reciente en nosotros el recuerdo de su tránsito a la casa del Padre, que hace dos meses sacudió con fuerza al mundo. Ilustrando el sentido de este Año de la Eucaristía, el Papa lo consideraba en cierto modo como el culmen de su Pontificado, que había comenzado con el deseo de poner a Cristo en el centro del cosmos y de la historia (recordemos la primera encíclica, *Redemptor hominis*); un Pontificado que se concluyó en la semana de Pascua, precisamente en el corazón del año en el que estamos invitados a adorar con mayor intensidad a Jesucristo realmente presente en el Santísimo Sacramento.

Os recuerdo sus palabras, tomadas de la carta apostólica *Mane nobiscum*: «El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido —siguen siendo palabras de Juan Pablo II—, se propone como un año de síntesis, una especie de culminación de todo el camino recorrido» (Carta apostólica *Mane nobiscum*, 7-X-2004, n. 10). Al volver a leer estas palabras, queda claro que Juan Pablo II ha querido dejarnos en herencia la exhortación a amar con mayor generosidad la Sagrada Eucaristía.

No puedo dejar de recordar que dentro de pocas semanas, en agosto, si Dios quiere, se cumplirán cincuenta años de mi ordenación sacerdotal. Ayudadme a prepararme bien para este aniversario: agradezco profundamente al Señor que me haya concedido —hace ya medio siglo— la posibilidad de hacerle presente todos los días sobre el altar, y pido perdón por mis faltas. Os quedaré muy agradecido, si me ayudáis.

2. Muchos motivos, pues, nos empujan a considerar que la Eucaristía ha de ser el punto focal de nuestra meditación de hoy. Nos estimula la misma liturgia de la Misa. Haciendo eco a algunas de las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, nos invita rezar de la siguiente manera: «Acoge, Padre Santo, los dones que te ofrecemos en memoria de San Josemaría, y santifica todas nuestras obras mediante el sacrificio ofrecido por Cristo en el altar de la Cruz, hecho presente en este sacramento» (Misa de San Josemaría, *Oración sobre las ofrendas*).

Dios constituyó a San Josemaría como heraldo y maestro de la llamada universal a la santidad. Nos ha enseñado que en la familia, en la profesión, en las más diversas actividades seculares —*nel bel mezzo della strada*, solía decir—, cada uno ha de esforzarse por encontrar las luces divinas que brillan en las actividades más comunes, cuando se llevan a cabo con Cristo y en Cristo. Ésta es la materia de nuestra santificación, que se hace posible gracias al sacrificio de Cristo. Si llevamos a la Santa Misa nuestros deberes cotidianos, junto con el pan y el vino que se convertirán en Cuerpo y Sangre de Cristo, estaremos en condiciones de responder a la llamada a la perfección cristiana en las situaciones normales de la vida, que nos dirige el Padre celestial (cfr. *Mt* 5, 48).

Desgraciadamente, durante siglos, no era ésta la idea de la santidad que tenían muchos cristianos. Lo resumió Benedicto XVI mientras era aún el Cardenal Ratzinger. Con motivo de la canonización de San Josemaría, escribió: «Conociendo un poco la historia de los santos, sabiendo

que en los procesos de canonización se busca la virtud “heroica”, casi inevitablemente tenemos un concepto equivocado santidad. Nos sentimos tentados de decir: “No es para mí, porque yo no me siento capaz de realizar virtudes heroicas: es un ideal demasiado elevado para mí”. así, la santidad resulta algo reservado para algunos “grandes”, cuyas imágenes vemos en los altares, y que son muy diferentes a nosotros, normales pecadores. Pero este concepto de santidad es erróneo; se trata de una percepción equivocada, que ha sido corregida —y esto me parece el punto central— precisamente por Josemaría Escrivá» (*Dejar obrar a Dios*, en “L’Osservatore Romano”, 6-X-2002).

Hoy son innumerables las personas —Pastores de la Iglesia, autores espirituales, teólogos, hombres de ciencia, fieles comunes— que dan gracias a Dios por haber despertado en sus almas, sirviéndose de San Josemaría como dócil instrumento, el deseo de alcanzar la santidad en la vida de cada día. También nosotros alzamos hoy nuestra gratitud al cielo, porque San Josemaría nos ha enseñado a buscar a Dios con sencillez, en las situaciones ordinarias y normales de la existencia cotidiana. Añado otras palabras del entonces Cardenal Ratzinger, porque puntualizaba que este es «un mensaje de suma importancia. Es un mensaje que lleva a superar lo que puede considerarse la gran tentación de nuestros tiempos: la pretensión de que después del *big bang* Dios se retiró de la historia. La acción de Dios no se “detuvo” en el momento del *big bang*, sino que prosigue a lo largo del tiempo, tanto en el mundo de la naturaleza como en el mundo humano» (*Ibid.*).

3. La Eucaristía es el “lugar” donde Dios se hace presente con la máxima intensidad en el curso de la historia, desde el momento de su institución en la Última Cena. Es así porque, bajo los velos de las especies eucarísticas, está Jesús entero, con su Humanidad y su Divinidad.

La Eucaristía es una síntesis admirable de nuestra fe. Haciendo presente y actual el misterio de la muerte y resurrección del Señor, contiene bajo las apariencias del pan y del vino al mismo Jesús que nació de la Virgen María, que trabajó treinta años en Nazaret, que predicó e hizo milagros, que fundó la Iglesia, que padeció bajo Poncio Pilatos, que murió y resucitó al tercer día, que subió al cielo, que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos para instaurar definitivamente su reino.

Hermanas y hermanos queridísimos, ¡cuántas gracias hemos de dar a Dios, por haber confiado a la Iglesia este de gran misterio! Con palabras de San Josemaría, *tenemos que agradecer especialmente al Señor que instituyera el Santo Sacramento de la Eucaristía, por el que se ha quedado entre nosotros. Es una maravilla: tenía que marcharse, y quería quedarse con nosotros; y como es Todopoderoso, hizo este gran milagro de amor. Nosotros no podemos hacer lo que queremos: nuestro poder no llega hasta donde alcanza nuestro querer; en cambio, nuestro Señor, sí: se marchó al cielo y, al mismo tiempo, se ha quedado escondido bajo las especies de pan y de vino.*

Tres cosas tenemos que agradecerle de un modo particular: la institución de este sacramento, su perpetuación a través de las palabras de la consagración recitadas por el sacerdote, y su administración. Son tres manifestaciones maravillosas de la bondad de Dios, que se acomodan a las necesidades de nuestra naturaleza. Yo pienso siempre en el amor de una madre buena que limpia a su pequeñín, lo lava, lo perfuma y después lo llena de besos y le dice: ¡te comería! El Señor nos ha dicho eso también: ¡toma, cómeme! Más humano no puede ser.

Pero no humanizamos nosotros a Dios Nuestro Señor cuando lo recibimos; es Él quien nos diviniza, nos ensalza, nos levanta (Apuntes de una conversación, 4-IV-1969).

San Josemaría vivió de la Eucaristía y para la Eucaristía; dedicó al Santísimo Sacramento todos los cuidados posibles, como prueba de amor y signo de agradecimiento. Escuchamos una vez más a Benedicto XVI, antes de convertirse en Sucesor de Pedro, refiriéndose siempre a San

Josemaría: «Amaba y proclamaba la Eucaristía en todas sus dimensiones: como adoración del Señor presente entre nosotros de modo oculto pero real; como don, en el que Él mismo se nos comunica una y otra vez; como sacrificio, conforme a aquellas palabras de la Escritura: “No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo” (Hb 10, 5)» (Homilía durante la Misa de acción de gracias por la beatificación de Josemaría Escrivá, 19-V-1992).

San Josemaría se conmovía, por ejemplo, ante la inmediatez de Jesús Hostia, que nos espera en nuestras iglesias. **Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡Él!... te espera desde hace veinte siglos** (Camino, n. 537). Se trata de una verdad siempre actual que debería afectarnos a cada uno. ¿Cómo ha crecido nuestro trato personal, nuestra devoción a Jesús eucarístico, en este año dedicado a la Eucaristía? ¿Cómo amamos y frecuentamos el sacramento de la Penitencia, necesario para recibir dignamente la Eucaristía cuando se ha ofendido gravemente al Señor, y para prepararle una morada menos indigna? Os invito a plantearos estas preguntas de modo personal, para que podamos responderlas con sinceridad, con generosidad. Tomemos las decisiones oportunas para crecer en intimidad con Jesucristo en los momentos dedicados a la oración, cuando asistimos a la Santa Misa y cuando lo recibimos en la Comunión.

La Virgen Santísima es nuestra Madre. Tarea de todas las madres es alimentar y educar a sus hijos. Pidámosle que nos ayude siempre, como una Madre buena, a recibir todos los días este Pan del Cielo con más cuidados, con mayor agradecimiento, con un amor que nunca deje de aumentar. Así sea.

2006

Queridísimos hermanos y hermanas:

1. *Ut in gratiarum semper actione maneamus*, que vivamos en constante acción de gracias; *Deo omnis gloria*, para Dios toda la gloria. Estas eran dos de las aspiraciones que animaban a San Josemaría, cuya fiesta, que hoy celebramos, nos invita a imitar el ejemplo de su vida cotidiana. Damos gracias además al Señor porque —como reza el prefacio de la Misa— la Iglesia entera es robustecida por el ejemplo de los santos, es guiada por su enseñanza y es protegida por su intercesión⁸⁷, que hoy vemos en San Josemaría.

Como todos los años, os invito a meditar algunos aspectos de su respuesta a Dios que puedan ser de provecho para nuestra conducta cristiana. Hoy quisiera detenerme en el amor y la veneración por la Iglesia y por el Romano Pontífice que siempre lo han caracterizado. La ocasión es muy propicia, por un doble motivo: en primer lugar porque nos encontramos todavía en los inicios de un nuevo pontificado, momento siempre caracterizado por esperanzas y desafíos. Por otra parte, porque hace tres días, el 23 de junio, se cumplieron sesenta años de la llegada de San Josemaría a la Ciudad Eterna, donde permanecería hasta su muerte, acaecida, como sabemos, el 26 de junio de 1975.

Se trató de un viaje en el que no faltaron los obstáculos. A la grave diabetes que sufría — hasta el punto de que los médicos le habían desaconsejado vivamente el viaje—, se unían entonces las dificultades de comunicación entre España e Italia —era todavía reciente el final de la guerra mundial— y la falta absoluta de medios económicos en que se encontraba este sacerdote. Empujado por el celo apostólico y por el deseo de cumplir la Voluntad de Dios, San Josemaría emprendió, a pesar de todo, el viaje, por sugerencia de mi queridísimo predecesor, Mons. Álvaro del Portillo, que había llegado a Roma algunos meses antes.

⁸⁷ Cfr. Común de Pastores, *Prefacio*.

Los historiadores han descrito con detalle las circunstancias que lo llevaron a no retrasar aquel viaje. Para nosotros, como he dicho antes, es una ocasión de meditar acerca de un rasgo característico del fundador del Opus Dei, el amor apasionado a la Iglesia y al Romano Pontífice, que también en aquellos momentos se manifestó de modo claro.

2. Desde los primeros años de su vocación, cuando todavía era un joven sacerdote, San Josemaría cultivaba el vivo deseo de visitar Roma. Escribió en *Camino*: **¡Católico, Apostólico, Romano! —Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu “romería”, “videre Petrum”, para ver a Pedro**⁸⁸. En uno de los primeros documentos sobre el espíritu de la Prelatura del Opus Dei, fechado en 1934, se leen estas otras palabras: **Hemos de dar a Dios toda la gloria. Él lo quiere: gloriam meam alteri non dabo, mi gloria no la daré a otro (Is 42, 8). Y por eso queremos nosotros que Cristo reine, ya que per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri Omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria; por Él, y con Él, y en Él, es para ti Dios Padre Omnipotente en unidad del Espíritu Santo todo honor y gloria. Y exigencia de su gloria y de su reinado es que todos, con Pedro, vayan a Jesús por María**⁸⁹.

A veces, ya en los primerísimos años de la Obra, nos contaba algún detalle de su veneración por el Santo Padre. Por ejemplo, cada vez que rezaba el rosario, cuando todavía vivía en Madrid, concluía esta oración con una comunión espiritual, imaginando que recibía la Hostia Santa de manos del Papa, en la capilla privada del Santo Padre. Esta y otras pequeñas industrias humanas lo ayudaban a acrecentar el amor por la Iglesia, fundada por Cristo sobre el Príncipe de los Apóstoles, y a fomentar una unión más estrecha, afectiva y efectiva, con el sucesor de Pedro.

Podemos por tanto imaginar la emoción y la vibración espiritual de San Josemaría cuando llegó a Roma, en junio del lejano año 1946. Entrando en la ciudad por la *Via Aurelia*, hay un momento en el que se ve por primera vez la cúpula de la Basílica de San Pedro. La emoción interior del Fundador del Opus Dei se tradujo en el rezo de un Credo, cuyas palabras saboreaba una a una, como profesión de la fe cristiana por la cual Simón Pedro y tantos otros hombres y mujeres habían ofrecido, precisamente en esta ciudad, el supremo testimonio del martirio, en los primeros siglos del cristianismo.

Una vez llegados a la Ciudad Eterna, San Josemaría y las personas que estaban con él se dirigieron a la *Piazza della Città Leonina*, cercana a los muros del Vaticano, donde se hallaba provisionalmente el primer centro del Opus Dei en Roma. Mientras los demás se retiraban a descansar, San Josemaría se entretuvo en una pequeña terraza de la casa, que daba al apartamento pontificio. Gracias a las luces encendidas de las ventanas podía seguir el trabajo del Sucesor de Pedro, que era entonces Pío XII. Aquellas circunstancias fueron para nuestro Padre una ocasión más para intensificar la íntima unión con el Romano Pontífice. Cuando se apagaron todas las luces, él permaneció recogido en oración hasta el amanecer. Así transcurrió su primera noche romana.

Encontramos aquí un primer momento de reflexión del que podemos sacar consecuencias prácticas. Nosotros vivimos, quizá desde hace mucho tiempo, en esta ciudad que es la sede del Papa. Tenemos, por tanto, mayores facilidades para “ver a Pedro”, quizá participando también en alguna audiencia o ceremonia, y podemos estar cada día más unidos a su persona y a sus intenciones. Por esto me pregunto y os pregunto: ¿nos acordamos de rezar cada día por Benedicto XVI y de ofrecer por él y por su misión universal nuestro trabajo y alguna pequeña mortificación durante el día? ¿Nos esforzamos por conocer sus enseñanzas, y por ponerlas en práctica y transmitir las a otras personas?

⁸⁸ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 520.

⁸⁹ SAN JOSEMARÍA, *Instrucción*, 19-III-1934, nn. 36-37.

Recuerda lo que Benedicto XVI ha pedido a todos los cristianos desde los primeros momentos de su servicio como Sucesor de Pedro. En la Misa del inicio del Pontificado, por tres veces nos ha pedido que le acompañemos con la oración. Os recuerdo sus palabras: «rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros»⁹⁰.

3. San Josemaría amaba con pasión a la Iglesia; la consideraba —con palabras de San Pablo y siguiendo la enseñanza del Magisterio— *resplandeciente, sin mancha, arruga o cosa parecida, sino santa e inmaculada*⁹¹. Nos ha dejado un ejemplo luminoso de cómo distinguir entre la santidad de la Iglesia y las faltas de sus miembros sobre la tierra. No se escandalizaba de los eventuales errores de los cristianos, que son siempre episodios personales y que no pueden ser imputados —así, de modo genérico— a la Iglesia, a los obispos, a los sacerdotes, al conjunto del pueblo de Dios. Al contrario, si alguna vez era testigo —u oía hablar— del comportamiento reprochable de un miembro de la Iglesia, este hecho lo llevaba a acrecentar la fe en el Espíritu Santo y en la Iglesia. ***Demostraría poca madurez —escribió— el que, ante la presencia de defectos y de miserias, en cualquiera de los que pertenecen a la Iglesia —por alto que esté colocado en virtud de su función—, sintiese disminuida su fe en la Iglesia y en Cristo. La Iglesia no está gobernada ni por Pedro, ni por Juan, ni por Pablo; está gobernada por el Espíritu Santo, y el Señor ha prometido que permanecerá a su lado todos los días hasta la consumación de los siglos (Mt 28, 20)***⁹².

Como contaba el Siervo de Dios Mons. Álvaro del Portillo —y yo también he sido testigo—, San Josemaría solía acercarse a rezar a la Basílica Vaticana. Durante muchos años lo hacía casi a diario. Frente a la Basílica y a los Palacios Vaticanos recitaba el Símbolo Apostólico, intercalando algunas palabras. Por ejemplo, cuando llegaba a la frase “Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, etc.”, decía siempre tres veces seguidas: “Creo en mi Madre la Iglesia Romana, a pesar de los pesares”. En una ocasión creyó oportuno contar esta devoción suya al entonces Secretario de Estado, el Cardenal Tardini, y cuando éste le preguntó qué quería decir con “a pesar de los pesares”, San Josemaría le respondió con simpatía: ***Sus errores personales, Eminencia, sus errores personales y los míos***⁹³.

¡Hermanos y Hermanas! Pidamos a Dios nuestro Padre que nos conceda una fe y un amor por la Iglesia profundos, como los de San Josemaría. Él aseguraba, con frase muy incisiva, que estaba dispuesto a morderse la lengua y escupirla lejos, antes que hablar de los defectos o de las faltas ajenas. También nosotros debemos evitar hablar mal de los demás. Más aún cuando están en juego la Iglesia, sus representantes, sus instituciones. ¡Que nunca salga de nuestra boca una palabra de crítica o de murmuración! ¡Nunca!

Al contrario, estamos llamados a defender a nuestra Madre de los ataques que recibe, sin permanecer callados por respetos humanos o por miedo. Aprendamos a exponer serenamente la verdad que pueda haber sido tergiversada, sin alzar la voz, sin faltar el respeto a las personas. Pero para esto es necesario formarse bien, conocer el *Catecismo de la Iglesia Católica*, o al menos el *Compendio* publicado el año pasado. Y esto debe estar bien arraigado en una vida de oración

⁹⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía* del inicio del pontificado, 24-IV-2005.

⁹¹ *Ef.* 5, 27.

⁹² SAN JOSEMARÍA, *Homilía* Lealtad a la Iglesia, 4-VI-1972.

⁹³ Cfr. MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO, nota al número 84 de la *Instrucción de San Josemaría* fechada en mayo 1935/14-IX-1950.

alimentada por la meditación personal y por la frecuencia de sacramentos. Sólo así estaremos en condiciones de llevar a cumplimiento la sentida recomendación que el Papa dirigía hace unos días especialmente a los fieles laicos: «os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo»⁹⁴.

Abrir incansablemente las puertas a Cristo —como nos aconsejaba el venerado Siervo de Dios Juan Pablo II—, las de nuestros corazones y las de los corazones de los demás, es tarea de todos los cristianos. El apostolado se debe ejercer con las personas cercanas y con las que están más lejos, porque todos tienen el derecho de conocer a Cristo. En efecto, «la Iglesia jamás debe contentarse con la multitud de aquellos a quienes, en cierto momento, ha llegado, y decir que los demás están bien así: musulmanes, hindúes... La Iglesia no puede retirarse cómodamente dentro de los límites de su propio ambiente. Tiene por cometido la solicitud universal, debe preocuparse por todos y de todos»⁹⁵.

Éstas son las intenciones que hoy, por intercesión de San Josemaría, ponemos en las manos de la Virgen, Madre de la Iglesia y Madre nuestra. Que Ella las haga fructificar en nuestra vida y en nuestro trabajo cotidiano. Así sea.

2007

Queridos hermanos y hermanas,

1. Han transcurrido ya casi cinco años desde la canonización de San Josemaría, pero la onda de su ejemplo y de sus enseñanzas continúa extendiéndose por el mundo. Su fama de santidad alcanza siempre lugares nuevos, despertando en muchas almas el deseo de buscar y amar a Dios en las circunstancias ordinarias de la vida.

Hoy mi alma siente una alegría especial, de la que me gustaría haceros partícipes. Precisamente hoy, coincidiendo con la festividad de san Josemaría, ha comenzado de forma estable la labor apostólica de los fieles del Opus Dei en Rusia, en esas tierras que se extienden del Mar Báltico al Océano Pacífico, del Mar Negro al Océano Glacial Ártico. Se realiza así uno de los sueños de san Josemaría, que siempre deseó extender el espíritu del Opus Dei por todo el mundo y, por tanto, también por las naciones de la Europa Oriental. ¡No podéis imaginar cómo deseó que llegase este momento!

Gracias a Dios, los fieles de la Prelatura trabajan ya en esos países y en tantos otros. Sin embargo, durante muchos años, la realización de este sueño en la Europa centro-oriental había sido impedida por la falta de libertad. En 1955, durante un viaje a Viena, san Josemaría confió esta intención a la Madre de Dios, invocándola con la jaculatoria: *Sancta Maria, Stella Orientis, filios tuos adiuva!* (Santa María, estrella de Oriente, ¡ayuda a tus hijos!). No se cansó nunca de rezar por esta intención, aunque el paso de los años no dejase ver siquiera el inicio de una solución.

Más tarde, cuando inesperadamente comenzaron a caer los muros construidos por la violencia, el amadísimo don Álvaro del Portillo abrió el camino para la expansión apostólica del Opus Dei en aquellas tierras. En primer lugar Polonia; después Eslovaquia y la República Checa, Hungría y los Países Bálticos. En los últimos años, Eslovenia y Croacia. Hoy, finalmente, ha llegado el momento de comenzar las actividades apostólicas en Rusia. Damos gracias a Dios y pedimos, por intercesión de la Virgen y de san Josemaría, la ayuda divina en estos inicios.

⁹⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía* en la vigilia de Pentecostés, 3-VI-2006.

⁹⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía* en el IV Domingo de Pascua, 7-V-2006.

2. Esta feliz coincidencia me ofrece la ocasión de recordar cuáles son los instrumentos indispensables para llevar a cabo todo apostolado. Todos nosotros lo sabemos muy bien, pero conviene meditarlo de vez en cuando; de modo que podamos rectificar la dirección de nuestras acciones, si fuera necesario.

La afirmación es muy clara: no bastan los medios humanos, ni siquiera cuando son abundantes, para llevar a cabo una tarea de naturaleza estrictamente sobrenatural. El Evangelio de la Misa de hoy nos lo enseña. San Lucas cuenta con riqueza de detalles la primera pesca milagrosa realizada por Pedro y sus compañeros. Habían trabajado durante toda la noche. Como tantas otras veces habían echado las redes en aquel lago de Tiberíades que conocían muy bien, por la noche, cuando mejor se pescaba, pero había sido en vano.

A las palabras de Jesús, que los invitaba a ir mar adentro y echar de nuevo las redes, Pedro, que era quien dirigía la barca, respondió con franqueza: *Maestro, hemos estado bregando durante toda la noche y no hemos pescado nada*. Pero al instante añadió: *sobre tu palabra echaré las redes*. El resultado fue sorprendente: *Lo hicieron y recogieron gran cantidad de peces. Tantos, que las redes se rompían* (Lc 5, 5-6).

La condición indispensable y primera para recoger frutos apostólicos, es emplear los medios sobrenaturales. La oración, la mortificación —que no es otra cosa que *la oración de los sentidos*, como afirmaba san Josemaría—, el ofrecimiento a Dios de un trabajo que se procura llevar a término con perfección, son imprescindibles. Os recuerdo la enseñanza de nuestro Padre: ***En las empresas de apostolado, está bien —es un deber— que consideres tus medios terrenos (2 + 2 = 4), pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios + 2 + 2...*** (San Josemaría, *Camino*, n. 471).

Por otro lado, el Señor quiere que pongamos a su servicio también los medios materiales que podamos disponer. Él podría hacerlo todo sólo, pero no ha querido actuar así. Es lo que enseña la primera lectura de la Misa de hoy. Después de haber creado el mundo con su omnipotencia, y con particular amor el primer hombre y la primera mujer, *el Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado para que lo trabajara y lo guardara*. (Primera lectura: Gn 2, 8.15)

Este pasaje de la Sagrada Escritura era particularmente querido para san Josemaría. Desde el momento en el que el Señor le comunicó su Voluntad, comprendió que en aquellas palabras del libro del Génesis se encuentra una de las claves de la obligación de santificar el propio trabajo y de santificarse mediante el mismo trabajo. Otra clave es el ejemplo de Jesús, que durante 30 años trabajó en el taller de Nazaret. De aquí nace la obligación de utilizar también medios humanos para instaurar el reino de Dios, pero sin olvidar nunca la prioridad absoluta de los medios sobrenaturales.

Para llevar adelante cualquier actividad apostólica tenemos que acudir, en primer lugar, a Dios. Debemos también poner los medios materiales al servicio del apostolado, pues las actividades apostólicas del Opus Dei necesitan de la colaboración de muchas personas, de sus oraciones y de su ayuda material. De esta forma, con la gracia de Dios y la generosa contribución de tantos hombres y mujeres de condiciones sociales diversas, se desarrolla en todo el mundo, al servicio de la Iglesia, una obra evangelizadora cada vez más amplia.

3. Antes de terminar, me gustaría detenerme brevemente en la segunda lectura. En la Carta a los Romanos, San Pablo fortalece nuestra esperanza al mostrarnos que no debemos temer ante las dificultades. *Porque, nos dice, recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abbá, Padre!» Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos*

de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con él también glorificados (Secunda lectura, Rm 8, 15-17).

Si buscamos cumplir en todo la voluntad de nuestro Padre Dios, si secundamos las palabras de Jesús que nos ordena ir mar adentro, si confiamos todo a la oración y al sacrificio, bien unidos a la Cruz del Señor, si hacemos nuestro trabajo profesional con responsabilidad entonces el Espíritu Santo dará fruto abundante a las actividades apostólicas.

Meditemos, para concluir, algunas palabras de Benedicto XVI, tomadas de una homilía con ocasión de Pentecostés. «*Quien ha encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida —el único auténtico tesoro, la perla preciosa— corre a compartirlo por doquier, en la familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, porque sabe que ha recibido la filiación adoptiva; sin ninguna presunción, porque todo es don; sin desalentarse, porque el Espíritu de Dios precede a su acción en el “corazón” de los hombres y como semilla en las culturas y religiones más diversas. Lo hace sin confines, porque es portador de una buena nueva destinada a todos los hombres, a todos los pueblos*» (Benedicto XVI, Homilía en la vigilia de Pentecostés, 3-VI-2006).

Que estas palabras del Santo Padre —recemos todos los días por su persona y por sus intenciones— nos espoleen en nuestro apostolado personal con parientes y amigos; busquemos acercarlos al Señor sobre todo en la Eucaristía y a través de la confesión, sacramento del encuentro personal con un Dios que es Padre y está siempre dispuesto a perdonar nuestros pecados.

A la Virgen, Reina de los Apóstoles y a san Josemaría, confiamos con esperanza segura los frutos sobrenaturales del apostolado de todos los cristianos, ahora y en los tiempos futuros. Que la Iglesia, nuestra Madre, con la asistencia del Paráclito y el trabajo humilde y generoso de todos, pueda recoger una mies abundante de almas. Así sea.

2008

1. Queridos hermanos y hermanas.

«Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Rm 8, 14). Es ésta la asombrosa verdad que se nos recuerda con palabras de San Pablo a los Romanos. Una verdad esencial de la fe cristiana, que se convirtió en el eje de la predicación de San Josemaría Escrivá de Balaguer, desde el comienzo de su vocación. Me viene a la memoria la frase con la que abre el libro *Forja: Hijos de Dios. —Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.*

—*El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine... De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna*⁹⁶.

La conciencia de la filiación divina en Cristo empujaba a San Josemaría a comunicar esta gran nueva a todas las personas con las que se encontraba en su caminar terreno, animándolas a recorrer las vías de la santidad. Porque, como continúa el Apóstol, «el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con él también glorificados» (Rm 8, 16-17).

⁹⁶ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 1.

Estas reflexiones nos mueven a elevar nuestra gratitud a Dios, también por haber dado a la Iglesia la vida de San Josemaría, instrumento del que se ha servido para reavivar en muchas almas la conciencia de la filiación divina.

Demos gracias al Señor también porque, dentro de pocos días, el 28 de junio, por decisión del Santo Padre, dará comienzo un *año paulino*. Es una ocasión muy especial para meditar sobre la vida y la doctrina de San Pablo, un acontecimiento que nos estimula a seguir a Cristo imitando el arrojo y la completa entrega que descubrimos en la existencia de este gran Apóstol.

Un nuevo motivo de acción de gracias proviene del hecho de que hoy, en el Tribunal de la Diócesis de Roma, se ha clausurado el proceso instructorio de la Causa de beatificación y canonización del Siervo de Dios Mons. Álvaro del Portillo. Es sólo un primer paso, que a nosotros —con tantas otras personas del mundo entero— nos llena de alegría, pues vemos en el queridísimo don Álvaro el hombre íntegro, el cristiano auténtico, el buen pastor, el hijo fidelísimo de San Josemaría, porque ha sido el que mejor ha sabido —con la gracia de Dios— seguir sus huellas.

2. La fiesta de hoy, además de recordarnos que la llamada —¡la vocación cristiana!— a la santidad tiene su fundamento en la realidad de nuestra filiación divina, nos invita a considerar el marco en el que se encuadra esta llamada: la vida cotidiana normal y, concretamente, el trabajo profesional y la vida en familia, que llenan la mayor parte de nuestras jornadas.

Trabajar es ciertamente una actividad encaminada a subvenir a las necesidades económicas personales y familiares; pero, como nos ha enseñado San Josemaría, el trabajo deber ser mucho más, pues *nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor*⁹⁷.

En efecto, después de haber creado a nuestros primeros padres, Dios «tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén para que lo trabajara y lo guardara» (*Gn 2, 15*). Meditando esta página del Génesis, San Josemaría se llenaba de alegría y de gratitud. *El trabajo* —escribía— *es la vocación inicial del hombre, es una bendición de Dios, y se equivocan lamentablemente quienes lo consideran un castigo*.

*El Señor, el mejor de los padres, colocó al primer hombre en el Paraíso, ut operaretur —para que trabajara*⁹⁸.

El trabajo, pues, no es un castigo —el mandato de trabajar es anterior al pecado original—, sino un encargo confiado a todos los hombres para que puedan cooperar con Dios en el desarrollo ordenado de la creación material. Meditando esta enseñanza de la Sagrada Escritura, el Fundador del Opus Dei vio —con luces recibidas del Señor— el gran valor del trabajo como medio de santidad y de apostolado.

Durante un congreso sobre las enseñanzas de San Josemaría, el entonces Cardenal Ratzinger subrayaba la notable contribución dada por este sacerdote a la solemne proclamación de la llamada universal a la santidad, hecha en el Concilio Vaticano II. Se detenía concretamente en la afirmación de que «a la santidad se llega, bajo la acción del Espíritu Santo, a través de la vida cotidiana. La santidad consiste en esto: en vivir la vida cotidiana con la mirada fija en Dios; en plasmar nuestras acciones a la luz del Evangelio y del espíritu de la fe. Toda una comprensión teológica del mundo y

⁹⁷ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 48.

⁹⁸ SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 482.

de la historia —añadía— deriva de este núcleo»⁹⁹, como tantos textos de San Josemaría «atestiguan, de modo preciso e incisivo»¹⁰⁰.

3. La llamada a colaborar en la misión salvífica de la Iglesia es inseparable de la vocación a la santidad. También ahora, como en tiempos de Jesús, la muchedumbre tiene hambre de escuchar la palabra de Dios. Es la escena que —una vez más— hemos revivido en el Evangelio. El Señor ha subido a la barca de Pedro para dirigir su palabra a la multitud; se sirve de la colaboración material de Simón y de los otros discípulos para que su mensaje llegue más lejos. Es un primer modo de participar en su misión evangelizadora: facilitar a la Iglesia los medios materiales que necesita para trabajar con mayor eficacia al servicio de las almas.

Pero no basta este empeño. El Señor nos pide también que colaboremos personalmente en el apostolado, cada uno según la situación en la que se encuentra y de acuerdo con sus posibilidades. La pesca milagrosa es también un signo de la eficacia apostólica de la obediencia a la palabra del Maestro. Después de haber enseñado a la muchedumbre, Jesús se dirige a Pedro y a los demás discípulos diciéndoles: «guiad mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca» (*Lc* 5, 4). Simón obedece la orden del Señor, a pesar de la reciente experiencia negativa, y entonces se realiza el milagro: «recogieron gran cantidad de peces» (*Lc*5, 6).

También nosotros, si cultivamos la amistad con Jesús en la oración personal, si frecuentamos los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía, si acudimos a la Virgen, a los Ángeles y a los santos, nuestros intercesores delante de Dios, seremos capaces. Pero, para esto, es también necesario amar sinceramente a nuestros amigos, a nuestros compañeros, a todas las almas. ¡Un cristiano ha de ser apostólico!

Existe una gran necesidad de mujeres y de hombres seriamente empeñados en la tarea de llevar las almas a los pies de Cristo, como los primeros Doce. Os recuerdo lo que decía el Santo Padre el día en que comenzó su servicio pastoral en la sede de Pedro. «También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera (...). Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida»¹⁰¹.

San Josemaría nos invitaba a preguntarnos todos los días: «¿qué he hecho hoy para acercar algunas personas a Nuestro Señor?» Muchas veces será una conversación orientadora, una invitación a acercarse al sacramento de la Penitencia, un consejo que ayuda a comprender mejor algún aspecto de la vida cristiana. Y, siempre, el ofrecimiento generoso de oración y de mortificación, de trabajo bien hecho; éstos son los medios más importantes que hemos de emplear, para alcanzar los objetivos apostólicos.

⁹⁹ CARDENAL JOSEPH RATZINGER, *Mensaje inaugural* del Congreso teológico de estudio sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Roma, 12-X-1993.

¹⁰⁰ *Ibid.*

¹⁰¹ BENEDICTO XVI, *Homilía* en el comienzo del Pontificado, 24-IV-2005.

Además de ser un buen intercesor, San Josemaría es un modelo espléndido de hombre que ha sabido convertir el trabajo en oración y colaborar con Cristo en la extensión de su reino. Confíemos a María, nuestra Madre, los propósitos concretos que hayamos formulado durante estos minutos, para que sean plenamente operativos. Así sea.

2009

Queridos hermanos y hermanas.

Ofrecemos hoy a Dios el Santo Sacrificio de la Misa en la memoria litúrgica de San Josemaría Escrivá, a quien el Señor *ha suscitado en la Iglesia (...) para proclamar la vocación universal a la santidad y al apostolado.*

Lo hacemos uniéndonos a los miles de personas que, en todo el mundo, dan gracias Dios por el don que ha hecho a la Iglesia y al mundo entero con este sacerdote ejemplar y santo. Efectivamente, son innumerables los hombres y las mujeres de toda edad, nación y condición social, que han aprendido a amar y seguir a Jesús gracias a las enseñanzas y al ejemplo de san Josemaría.

Han pasado ya 34 años de la muerte de san Josemaría. En este tiempo, el influjo de su figura no ha dejado de crecer, y el recurso a su intercesión se difunde continuamente. Se confirma la actualidad del mensaje que Dios le confió para que lo hiciese fructificar en beneficio de la Iglesia entera, con su respuesta generosa y total a la llamada que el Señor le hizo cuando era aún un adolescente. San Josemaría contó varias veces aquellos momentos inefables en los que Dios le hizo barruntar la existencia de un designio de amor y de una misión específica para su vida. La respuesta de aquel muchacho, que entonces sólo tenía 15 o 16 años, fue un acto de generosa apertura a la Voluntad de Dios, una respuesta de amor total e incondicional que le llevó a hacerse sacerdote, como manifestación de particular disponibilidad a una llamada de la que no conocía aún los detalles. Desde ese momento, y durante toda la vida, San Josemaría fue un enamorado de Dios, que amó apasionadamente también el mundo y a las personas de todos los tiempos, a las que supo *contagiar* esta pasión. La fiesta de hoy nos recuerda que entre el Creador y cada criatura se renueva un diálogo de amor semejante: acudamos a la intercesión de este sacerdote santo para que nos ayude a responder con generosidad y alegría al designio que Dios tiene para cada uno de nosotros.

Cuando exhortaba a los fieles a rezar por la santidad de los sacerdotes, solía decir que ***un sacerdote no va solo al Cielo: va siempre rodeado de una cohorte de almas.*** Las almas que ha acercado a Dios con los sacramentos, con la predicación, con la oración, con el celo sacerdotal, con la caridad pastoral. Por eso es necesario rezar cada día para que el Espíritu Santo suscite muchos sacerdotes santos en la Iglesia y para que todos seamos cada vez más conscientes de nuestra alma sacerdotal. Es un deber de todos: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, enfermos y personas sanas... Todos hemos de tener presente constantemente esta intención: con la oración, ofreciendo las contrariedades de la vida y pequeñas mortificaciones, realizando bien el trabajo profesional, con rectitud de intención y en presencia de Dios. De este modo responderemos a la recomendación de Jesucristo: “la mies es mucha y los obreros son pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 37-38).

Esta petición, que es siempre necesaria, se revela de particular actualidad a propósito de las vocaciones sacerdotales. Hace una semana que el Santo Padre Benedicto XVI ha inaugurado un *Año sacerdotal*, con la finalidad de obtener del Señor el don de muchos sacerdotes santos en el mundo entero. ¿Cómo estamos rezando por esta intención? ¿Estamos convencidos de que ninguno puede sustituirnos en este deber personalísimo?

2. La vida del cristiano es siempre una existencia sacerdotal, como enseñan los santos Apóstoles Pedro y Pablo, Patronos de Roma y de la Iglesia universal, cuya solemnidad litúrgica celebraremos dentro de pocos días. El Príncipe de los Apóstoles, en su primera carta, lo expresa del siguiente modo: “vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad, para que pregonéis las maravilla de Aquel que os llamó de las tinieblas a su admirable luz” (1 Pe 2, 9). Y San Pablo escribe en la Carta a los Romanos: “os exhorto, por tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual” (Rm 12, 1).

Todos los cristianos participan, con el Bautismo, del sacerdocio de Cristo: hemos recibido el *sacerdocio común*, diverso esencialmente del *sacerdocio ministerial* propio de los ministros sagrados, pero no por eso menos necesario: ambos, el sacerdocio de los fieles y el de los presbíteros, cada uno a su modo, son imprescindibles para el cumplimiento de la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia para la salvación del mundo. Esta enseñanza del Magisterio, que se ha proclamado de modo especialmente solemne en el Concilio Vaticano II, fue predicada y difundida por san Josemaría desde el momento de la fundación del Opus Dei, el 2 de octubre de 1928.

Sacerdotes y laicos constituyen, pues, en la Iglesia, una sola familia de hijos de Dios. En este sentido, como afirmaba san Josemaría, ***ni como hombre, ni como fiel cristiano el sacerdote es más que el seglar***¹⁰². Configurados en Cristo, por virtud del Bautismo, todos somos miembros con la misma dignidad en el Cuerpo místico e igualmente responsables del cumplimiento de la misión de la Iglesia, que cada uno realiza de modo específico. Luego, ***en los ordenados, este sacerdocio ministerial se suma al sacerdocio común de todos los fieles. Por tanto, aunque sería un error defender que un sacerdote es más fiel cristiano que cualquier otro fiel, puede, en cambio, afirmarse que es más sacerdote: pertenece, como todos los cristianos, a ese pueblo sacerdotal redimido por Cristo y está, además, marcado con el carácter del sacerdocio ministerial***¹⁰³.

Por la fuerza misma de la ordenación sacerdotal, el presbítero se dedica completamente al servicio del Pueblo de Dios, mediante las acciones específicamente sacerdotales: la predicación de la Palabra de Dios, la administración de los sacramentos, en particular del sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía, y de la guía pastoral de las almas. Porque sin sacerdocio, sin sacerdotes, no habría Iglesia.

San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, decía que el «el Sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús». Y Benedicto XVI comenta: «Esta expresión conmueve y nos permite evocar con ternura y reconocimiento el inmenso don que los sacerdotes constituyen no sólo para la Iglesia, sino también para toda la humanidad. Pienso en todos aquellos sacerdotes que ofrecen a los fieles cristianos y al mundo entero la humilde y cotidiana propuesta de las palabras y los gestos de Cristo, buscando unirse a Él con el pensamiento, la voluntad, los sentimientos y el estilo de toda la existencia personal. ¿Cómo no destacar sus fatigas apostólicas, su servicio infatigable y escondido, su caridad por todos? ¿Y qué decir de la valiente fidelidad de tantos sacerdotes que, incluso entre dificultades e incomprensiones, son fieles a su vocación: la de amigos de Cristo, llamados por Él particularmente, elegidos y enviados?»¹⁰⁴.

3. Volvamos a los textos propios de la Misa de hoy. La Colecta, después de poner de relieve que san Josemaría ha sido llamado por Dios a proclamar la vocación universal a la santidad y al

¹⁰² San Josemaría, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ Benedicto XVI, *Carta a los sacerdotes* con motivo del Año sacerdotal, 16-VI-2009.

apostolado, añade: “concédenos, por su intercesión y su ejemplo, que en el ejercicio del trabajo ordinario nos configuremos a tu Hijo Jesucristo y sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención”.

El trabajo cotidiano y las circunstancias normales de la vida constituyen el campo específico donde se desarrolla el empeño laical en la búsqueda de la santidad y del apostolado. En este contexto se inserta un punto muy importante de la espiritualidad propuesta por san Josemaría: hacer todas las cosas con *alma sacerdotal y mentalidad laical*. Con otras palabras, esto significa que a los fieles laicos se les pide que desempeñen su profesión y todas las demás obligaciones familiares y sociales con la mentalidad propia de las personas que son llamadas a trabajar en medio del mundo y, al mismo tiempo, con aquel espíritu *sacerdotal* que es una característica derivada de la vocación cristiana.

Para esto os invito a meditar otras palabras de san Josemaría que se refieren en particular a los fieles laicos: *todos vosotros tenéis alma sacerdotal, arraigada en los caracteres sacramentales del bautismo y de la confirmación. Alma sacerdotal, que no sólo ponéis en acto cuando participáis en el culto litúrgico —y sobre todo en el sacrificio eucarístico, raíz y centro de nuestra vida interior—, sino en todas las actividades de vuestra vida*¹⁰⁵.

En *Forja*, además, ofrece un consejo específico: *si actúas —vives y trabajas— cara a Dios, por razones de amor y de servicio, con alma sacerdotal, aunque no seas sacerdote, toda tu acción cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida tu vida entera a la fuente de todas las gracias*¹⁰⁶.

San Josemaría predicó incansablemente este mensaje, hasta aquella mañana del 26 de junio de 1975 en la que, alrededor de una hora después de haber hablado de estos temas en una reunión, el Señor lo llamó a Sí. También es obligación nuestra hacer presente este mensaje, descubrir a tantas y tantos amigos y colegas la belleza de esta realidad: todos estamos llamados a la santidad, que es unión con Jesucristo y plenitud del amor, y que puede alcanzarse en cualquier condición, edad y lugar.

Lo repetiremos dentro de poco con palabras de la liturgia: *Recibe, Padre santo, estos dones que te ofrecemos en la conmemoración de san Josemaría, para que, por el sacrificio de Cristo ofrecido en el ara de la Cruz, que se hace presente en el sacramento, quieras santificar todas nuestras obras.*

Confiamos a la intercesión de la Virgen todas estas aspiraciones, bien unidos a la Persona y a las intenciones del Romano Pontífice. Madre nuestra, obtén de tu Hijo para nosotros una mies abundante de sacerdotes santos, forjados a la medida del Corazón de Cristo, que con su ministerio, con su ejemplo y con su oración abran de par en par las puertas de la vida eterna a muchas almas. Así sea.

2010

Queridísimos hermanos y hermanas:

Se cumplen hoy treinta y cinco años del *dies natalis* de San Josemaría Escrivá. Al celebrar la fiesta litúrgica, llenos de alegría y agradecimiento a Dios, resulta de particular utilidad para todos nosotros el pasaje del Génesis de la primera lectura. Después de haber terminado la obra de la

¹⁰⁵ San Josemaría, *Carta 6-V-1945*, n. 27.

¹⁰⁶ San Josemaría, *Forja*, n. 369.

creación, dice la Sagrada Escritura, Dios tomó al hombre, hecho a su imagen y semejanza, y *lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara* (Gen 2, 15), *ut operaretur!*

Me vienen a la memoria las palabras del Siervo de Dios Juan Pablo II, cuando el 6 de octubre de 2002, en la homilía de la Misa de la canonización del Fundador del Opus Dei, recordando sus enseñanzas, afirmaba que «los creyentes, actuando en las diversas realidades de este mundo, contribuyen a realizar este proyecto divino universal. El trabajo y cualquier otra actividad, llevada a cabo con la ayuda de la gracia, se convierten en medios de santificación cotidiana» (Juan Pablo II, Homilía en la Canonización de San Josemaría, 6-X-2002).

Demos gracias al Señor porque este mensaje es ya un hecho, no sólo en la teología sino, sobre todo, en la vida de muchas personas. Desgraciadamente, sin embargo, en tantas otras, todavía está presente sólo a nivel teórico, sin consecuencias prácticas en la vida cotidiana. Precisamente por esto quiero referirme hoy a algunos aspectos fundamentales de las enseñanzas de San Josemaría que pueden ayudarnos a llevar a cabo su mensaje. Pidamos ayuda a Dios, con las palabras de la oración colecta: *Oh Dios, que has suscitado en la Iglesia a san Josemaría, sacerdote, para proclamar la vocación universal a la santidad y al apostolado, concédenos, por su intercesión y su ejemplo, que en el ejercicio del trabajo ordinario nos configuremos a tu Hijo Jesucristo y sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención* (Misa de San Josemaría, Colecta).

Partícipes del poder creador

En una de las homilías dedicadas a la santificación del trabajo, San Josemaría, tomando el versículo del Génesis recién citado, recuerda que el deber de trabajar *no ha surgido como una secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos. Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos frutos para la vida eterna* (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 57).

El mismo ejemplo de Jesús, que durante treinta años se dedicó a un trabajo duro –pero lleno de alegría– en el taller de Nazaret, con María y con José, evidencia que el Señor cuenta también con nuestro trabajo para colaborar con la salvación del mundo, para manifestar con claridad que es posible transformar cualquier profesión honesta en oración, en apostolado.

Descubrir un sentido divino

Pero hemos de tener bien presente que esta actividad debe ser llevada a término con perfección humana y con rectitud de intención, en servicio de Dios y del prójimo y no para satisfacer el propio egoísmo. Pidamos por lo tanto luz a Jesucristo Señor Nuestro, y *que nos ayude a descubrir, en cada instante, ese sentido divino que transforma nuestra vocación profesional en el quicio sobre el que se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad* (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 62).

A este propósito podemos hacernos algunas preguntas, a las que respondemos en el silencio de nuestro corazón. ¿Hago mi trabajo con perfección humana, cuidando los detalles por amor a Dios o me conformo a veces con terminarlo mal o de cualquier manera como se suele decir? ¿Me empeño seriamente en unirlo cada día al Santo Sacrificio de la Misa, sabiendo que sólo de este modo podrá convertirse realmente en *trabajo de Dios*? ¿Rectifico a menudo la intención durante el día y me esfuerzo por dar a Dios toda la gloria? ¿Aprovecho las ocasiones que me brinda el trabajo para estrechar lazos de verdadera amistad con las personas que están a mi alrededor, con el deseo de acercarlas al Señor, de servirles y de aprender de ellas?

Dios siempre está presente

En la homilía de la Misa de Canonización de San Josemaría, Juan Pablo II citó unas palabras de una meditación del Fundador del Opus Dei que quiero traer a colación aquí. ***La vida habitual de un cristiano que tiene fe, cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios siempre está presente*** (San Josemaría, Meditación, 3-III-1954). «Esta visión sobrenatural de la existencia abre un horizonte extraordinariamente rico de perspectivas salvíficas, porque, también en el contexto sólo aparentemente monótono del normal acontecer terreno, Dios se hace cercano a nosotros y nosotros podemos cooperar a su plan de salvación. Por tanto, se comprende más fácilmente, lo que afirma el concilio Vaticano II, esto es, que “el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo [...], sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber”» (*Gaudium et spes*, n. 34)» (Juan Pablo II, Homilía en la Canonización de San Josemaría, 6-X-2002).

El trabajo... pero también el descanso

Según la enseñanza de este sacerdote santo, repito, toda actividad humana honesta puede ser ofrecida a Dios, santificada y transformada en medio y ocasión de apostolado. El trabajo... pero también el descanso, que necesitamos para recuperar las fuerzas empleadas en la tarea de sacar adelante nuestra familia y servir a la sociedad.

Esta consideración me parece particularmente oportuna en este periodo, cuando muchos de vosotros estáis a punto de comenzar a disfrutar de un merecido tiempo de vacaciones. Tened presente que también en esos días de descanso debemos vivir con el corazón y la mente puestos en el Señor. Recordaré algunos consejos concretos que pueden ayudar a hacer que estos días contribuyan al crecimiento espiritual de cada uno de nosotros y no desemboquen –como desgraciadamente ocurre no pocas veces– en un enfriamiento de la vida cristiana.

En primer lugar, conviene continuar con el cumplimiento de los deberes de todo cristiano: la participación en la Misa de los domingos y días de fiesta; la recepción de los sacramentos, especialmente el de la Penitencia; y los buenos hábitos adquiridos durante el curso: rezar con asiduidad, frecuentar actividades de formación espiritual, etc.

Es claramente inoportuno elegir para las vacaciones aquellos lugares a los que un cristiano coherente –y tampoco un hombre honesto– no debe acudir porque son objetivamente contrarios a los principios de la moral no sólo cristiana, sino también natural. Todos debemos ser fuertes a la hora de tomar decisiones de este tipo, yendo contracorriente si es necesario. De esta forma, ayudaréis a vuestros parientes y conocidos a buscar un entretenimiento sano, como conviene a los hijos de Dios. No hay por qué alejarse del Señor para poder disfrutar de las diversiones. Precisamente es al contrario.

Descanso significa acopiar fuerzas

Para terminar, quería recordar un punto clave de las enseñanzas de San Josemaría, sobre la santificación del descanso. Se puede resumir en las palabras que decía con frecuencia: ***descanso significa repesar: acopiar fuerzas, ideales, planes... En pocas palabras: cambiar de ocupación, para volver después —con nuevos bríos— al quehacer habitual*** (San Josemaría, *Surco*, n. 514). Es una conclusión muy acertada: el simple cambio de trabajo, de ambiente, de circunstancias, contribuyen a recuperar fuerzas.

Pienso también que es nuestro deber acompañar al Santo Padre rezando, cada día, por sus intenciones de tal modo que sienta la cercanía filial de cada una y de cada uno de nosotros. Vivir

bien la vida cristiana significa no alejarse de las enseñanzas del Buen Pastor, que es cabeza de la Santa Iglesia.

Concluyo con otro pensamiento de San Josemaría: *Señor, concédenos tu gracia. Ábrenos la puerta del taller de Nazaret, con el fin de que aprendamos a contemplarte a Ti, con tu Madre Santa María, y con el Santo Patriarca José —a quien tanto quiero y venero—, dedicados los tres a una vida de trabajo santo. Se removerán nuestros pobres corazones, te buscaremos y te encontraremos en la labor cotidiana, que Tú deseas que convirtamos en obra de Dios, obra de Amor* (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 72).

2011

Queridos hermanos y hermanas

Hemos anticipado un día la celebración de la fiesta litúrgica de san Josemaría porque mañana, aniversario de su tránsito al Cielo, coincide este año con la fiesta del Corpus Christi. Esta circunstancia, sin embargo, nos puede ayudar a prepararnos mejor para una solemnidad tan grande. Nuestro Padre se disponía con mucho amor y seguía celebrándola también en las jornadas siguientes, durante la octava que entonces prescribía la liturgia, adorando a Jesús en el Santísimo Sacramento, agradeciendo que se haya quedado con nosotros bajo las especies eucarísticas, desagraviando por las ofensas que recibe y pidiendo por el Papa, por la Iglesia, por el mundo entero.

Os invito a uniros a estos sentimientos que colmaban el alma de san Josemaría cuando estaba físicamente entre nosotros. Acudamos a su intercesión para que nos obtenga, de la Santísima Trinidad, la gracia de ser verdaderamente **almas eucarísticas**: mujeres y hombres que de verdad se empeñan por hacer de la Sagrada Eucaristía, jornada tras jornada, el centro de su trabajo, de sus aspiraciones y de su entera existencia.

También me llena de gozo que hoy sea el aniversario de la primera ordenación sacerdotal de fieles del Opus Dei: mons. Álvaro del Portillo, don José María Hernández Garnica y don José Luis Múzquiz. De los tres se halla en curso la causa de canonización. Recurramos privadamente a estos tres primeros sacerdotes de la Obra para que intercedan por cada uno de nosotros.

Servir a la obra de la Redención

Los textos litúrgicos de la Misa de san Josemaría resumen los puntos fundamentales del espíritu que, inspirado por Dios, comenzó a difundir desde el 2 de octubre de 1928. Los resume bien la oración colecta: «Proclamar la vocación universal a la santidad y al apostolado», como hijos de Dios, en medio del trabajo profesional y en las circunstancias de la vida ordinaria, para «servir con ardiente amor a la obra de la Redención», mediante una labor apostólica personal de amistad y de confianza. Hoy quisiera detenerme en este último aspecto, considerando la escena de la pesca milagrosa que acabamos de escuchar.

Como los primeros

En este pasaje del Evangelio, que narra la llamada al apostolado de los primeros discípulos de Jesucristo, se descubre el modelo ejemplar de la vocación apostólica de los fieles cristianos, a los que el Señor busca en medio de su profesión. En *Camino*, ya en los años de 1930, san Josemaría escribía: *Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?*

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores... (San Josemaría, *Camino*, n. 799).

Como el buen padre de familia de que habla Jesús (Cfr. Mt 13, 52), san Josemaría supo sacar nuevas luces de la Palabra de Dios, mostrando cómo aspirar a la santidad en la vida ordinaria, según pone de relieve Benedicto XVI en su exhortación apostólica *Verbum Domini* (Cfr. Exhort. apost. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, n. 48). Al mismo tiempo, la predicación de san Josemaría se situaba en el surco abierto por los Padres de la Iglesia. Ya san Agustín, comentando esta escena evangélica, había afirmado que los Apóstoles «recibieron de Jesús las redes de la Palabra de Dios, las echaron en el mundo, como en un mar profundo, y recogieron ese gran número de cristianos que vemos con asombro» (San Agustín, *Sermón* 248, 2). San Cirilo de Alejandría añadía que «la red se sigue echando ahora, mientras Cristo llama a la conversión a aquellos que, según la palabra de la Escritura, se encuentran en medio del mar, es decir, de medio de las olas tempestuosas de las cosas del mundo» (San Cirilo de Alejandría, *Comentario al evangelio de san Lucas*, homilía 12). Ahora nos toca a nosotros proseguir esa pesca divina, obedeciendo al mandato de Jesús, bajo la guía de Pedro, que es el patrón de la barca. Los frutos, ahora como entonces, serán copiosos: *recogieron gran cantidad de peces. Tantos, que las redes se rompían* (Lc 5, 6).

Con la seguridad de la fe

Quizá en ocasiones, como hacía notar nuestro Padre, nos podría venir a la cabeza la idea de que todo esto es muy hermoso, pero utópico, un sueño irrealizable; ¡está tan revuelto el mar del mundo en el que vivimos! Rechacemos inmediatamente este pensamiento, si alguna vez se presentara, y pidamos al Señor que nos aumente la fe, **con la seguridad absoluta de que nuestras ilusiones se verán colmadas por las maravillas de Dios** (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 159). La solemnidad de Pentecostés, que hemos celebrado hace dos semanas, nos muestra que para Dios no hay imposibles: Él llenará de frutos las redes si, de nuestra parte, utilizamos en primer lugar los medios sobrenaturales —la oración, la mortificación, el trabajo realizado con perfección humana y sobrenatural— y aprovechamos todas las ocasiones que se nos presenten, para acercar las almas a Dios.

Fijémonos en la actitud de Simón Pedro. Tras la duda inicial —se había esforzado en la pesca durante toda la noche, sin lograr nada— se fía del Señor: *sobre tu palabra echaré las redes* (Lc 5, 5). Entonces se cumple el milagro. Benedicto XVI señala que «Pedro no podía imaginar entonces que un día llegaría a Roma y sería aquí “pescador de hombres” para el Señor. Acepta esa llamada sorprendente a dejarse implicar en esta gran aventura. Es generoso, reconoce sus limitaciones, pero cree en el que lo llama y sigue el sueño de su corazón. Dice sí, un sí valiente y generoso, y se convierte en discípulo de Jesús» (Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 17-V-2006).

Lo mismo sucede con nosotros, si escuchamos al Señor y ponemos en práctica lo que nos dice, como parafrasea nuestro Padre: **si me seguís, os haré pescadores de hombres; seréis eficaces y atraeréis las almas hacia Dios. Debemos confiar, por tanto, en esas palabras del Señor: meterse en la barca, empuñar los remos, izar las velas, y lanzarse a ese mar del mundo que Cristo nos entrega como herencia. Duc in altum et laxate retia vestra in capturam! (Lc 5, 4): bogad mar adentro, y echad vuestras redes para pescar** (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 159).

La conducta de san Pedro, que se fía de Jesús más que de su experiencia personal, constituye una preciosa enseñanza para todos. Porque «también nosotros tenemos deseos de Dios, también nosotros queremos ser generosos, pero también nosotros esperamos que Dios actúe con fuerza en el mundo y lo transforme inmediatamente según nuestras ideas» (Benedicto XVI, Discurso en la

audiencia general, 17-V-2006). Con estas palabras, Benedicto XVI pone en guardia ante lo único que verdaderamente podría conducir al fracaso más completo: depositar la confianza *sólo* o *principalmente* en las posibilidades o en los esfuerzos humanos, descuidando el recurso a los medios sobrenaturales. Sería un gravísimo error, porque el Señor habitualmente «elige el camino de la transformación de los corazones con el sufrimiento y la humildad. Y nosotros, como Pedro, debemos convertirnos siempre de nuevo» (Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 17-V-2006).

Reina de los Apóstoles

San Josemaría nos impulsaba a acudir a la Santísima Virgen, Reina de los Apóstoles, para que las redes —es decir, nuestro trabajo profesional, nuestras iniciativas, personales o en colaboración con otros— se llenen de eficacia en el servicio de la Iglesia. Que Ella nos enseñe *a vivir de fe; a perseverar con esperanza; a permanecer pegados a Jesucristo; a amarle de verdad, de verdad, de verdad; a recorrer y saborear nuestra aventura de Amor, que enamorados de Dios estamos; a dejar que Cristo entre en nuestra pobre barca, y tome posesión de nuestra alma como Dueño y Señor* (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 22).

2012

Queridos hermanos y hermanas

Con ocasión de otros aniversarios, ya hemos comentado las lecturas de la Misa en honor de san Josemaría. Hoy deseo que vosotros y yo detengamos nuestra atención en el mensaje que nos ha transmitido el fundador del Opus Dei: la santificación de la vida ordinaria, tal y como la predicó Jesucristo y se nos presenta en los textos del Génesis, de la carta de san Pablo a los Romanos y en el pasaje del Evangelio de la Misa de hoy.

Consideremos la parte final del texto del Génesis que acabamos de escuchar: *el Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén para que lo trabajara y lo guardara* (Gn 2, 15). La invitación a trabajar, en cuanto complemento de la obra de la creación, es la vocación originaria de cada mujer y de cada hombre. Con razón, pues, san Josemaría podía afirmar que cualquier trabajo honrado es *un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos frutos para la vida eterna* (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 57). De este modo nos invitaba a descubrir de nuevo a Dios, tanto en los trabajos importantes como en las ocupaciones cotidianas, que pueden convertirse en sólido fundamento para la santidad personal.

Esta dimensión originaria del trabajo es la razón más profunda del derecho de todos a tener una ocupación profesional que les consienta vivir y atender las necesidades de su familia. Desgraciadamente, en las circunstancias actuales, muchos países sufren la plaga del desempleo, que causa tantas preocupaciones e incomodidades a innumerables familias. Recemos por las autoridades civiles y por los responsables de la vida pública, en todos los niveles, para que, iluminados por la Sabiduría divina, sepan hallar y poner en práctica las medidas idóneas para hacer salir de la actual crisis a sus respectivas naciones, respetando plenamente la dignidad de las personas y el bien común. Confiemos esta intención a Dios por intercesión de san Josemaría, apóstol de la santificación del trabajo.

¡Somos hijos de Dios!

La segunda lectura recuerda, con palabras de san Pablo, que los cristianos somos hijos de Dios, guiados por el Espíritu Santo. El Apóstol saca, de esta afirmación, una consecuencia inmediata: *no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡Abbá, Padre!”* (Rm 8, 15).

Pablo tiene presente los miedos y las angustias de la sociedad de su tiempo, sometida a múltiples poderes, malignos en gran parte, característicos del antiguo paganismo. Por esta razón, como explica Benedicto XVI en una de sus encíclicas, aquellos pueblos vivían inmersos en el temor, aun teniendo muchos dioses; «pero sus dioses —comenta el Papa— se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban “sin Dios” y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío» (Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 30-XI-1007, n. 2). Los cristianos, al contrario, en cuanto hijos de Dios, saben que tienen un futuro luminoso. «No es que conozcan los pormenores de lo que les espera —prosigue el Santo Padre—, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente» (Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 30-XI-1007, n. 2).

Meditemos con frecuencia esta realidad: soy hijo de Dios, soy hija de Dios; y, ante este don, es lógico que tratemos de dar relieve sobrenatural a todo lo que hacemos. San Josemaría solía repetir que lo sobrenatural, cuando se refiere a los hombres, resulta plenamente humano. Si correspondemos a la gracia, estamos en condiciones de mantenernos en diálogo con Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, en cualquier circunstancia y actividad.

Esta gran maravilla de nuestra fe tendría que llenarnos de valentía, hermanas y hermanos queridísimos, para afrontar con confianza en Dios y serenidad las dificultades que se vayan presentando en nuestra existencia; también las que se derivan de la actual crisis económica y de la falta de trabajo. Sostenidos por esta certeza, podemos hacer nuestras las palabras del salmo responsorial: *laudate Dominum omnes gentes*, en respuesta a las promesas que Dios mismo nos dirige: *pídeme y te daré en herencia las naciones, los confines de la tierra en propiedad* (Sal 2, 8). Pero hemos de pedir con fe y perseverancia que se resuelvan positivamente los sufrimientos producidos por la falta de trabajo. Unidos firmemente a la Voluntad de Dios, que dirige todos los acontecimientos para el bien de los que creen en Él, podemos repetir: *Servid al Señor con temor, y aclamadle con temblor (...). Dichosos cuantos se refugian en Él* (Sal 2, 11-12)

Una vez más, hemos contemplado en el Evangelio el gran prodigio de la primera pesca milagrosa. Desde el punto de vista humano, la orden de Jesús —echar las redes en pleno día, tras una noche infructuosa— parecía inútil y absurda. Además, Pedro y los otros eran pescadores de profesión: conocían bien su oficio y las zonas más escondidas del lago de Tiberíades no guardaban secretos para ellos. Sin embargo, obedecen: *in verbo autem tuo laxabo retia* (Lc 5, 5), sobre tu palabra echaré las redes. ¿No os causa maravilla la fe de Simón Pedro? También nosotros tenemos necesidad de fe para hacer frente a las vicisitudes de nuestra existencia, especialmente aquellas que exigen una respuesta generosa a los designios de Dios.

El Año de la fe

Dentro de pocos meses, en octubre, comenzará el Año de la Fe convocado por el Papa. ¿Cómo nos estamos preparando? ¿Hacemos actos explícitos de esta virtud antes de recibir el sacramento de la Confesión o de la Comunión? ¿Nos dirigimos a Dios con fe en la oración, frente a las variadas obligaciones propias de una vida llena de ocupaciones profesionales? ¿Tratamos de acercarnos al Señor a las personas queridas, a los amigos, a los compañeros de estudio o de trabajo? No

olvidemos —porque es verdad— que Dios desea servirse de cada una y de cada uno de nosotros para que los demás le conozcan, le traten y le amen.

Mirad que la fe abre todas las puertas de par en par y muestra horizontes que parecían cerrados. Ésta es la enseñanza del pasaje evangélico. Obedeciendo al mandato del Señor, Pedro y sus compañeros lanzaron las redes: *lo hicieron* —cuenta san Lucas— *y recogieron gran cantidad de peces. Tantos, que las redes se rompían. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran y les ayudasen. Vinieron, y llenaron las dos barcas, de modo que casi se hundían* (Lc 5, 6-7).

¡Qué gran lección de fe y de obediencia a Dios! Jesucristo nos invita también a nosotros a santificarnos en todas las circunstancias corrientes de la vida y a echar las redes del apostolado en el mar del mundo.

Pidamos a la Virgen María, mediante la intercesión de san Josemaría, que cada uno sepa escuchar la voz de Cristo y aplicarse —insisto— para que esa voz resuene en los oídos de muchas otras personas. De este modo seremos, como los Apóstoles, seguidores de Cristo y pescadores de hombres en medio de nuestras ocupaciones habituales.

Y, naturalmente, pidamos al Señor —como buenos hijos del Sucesor de Pedro— que ayude al Santo Padre, a los Obispos, a los sacerdotes, en su misión de Pastores que saben dar la vida para servir a todas las almas. Así sea.

2013

Queridos hermanos y hermanas:

Este año celebramos la fiesta litúrgica de san Josemaría en pleno Año de la fe. Han transcurrido bastantes meses desde su inicio, pero aún quedan algunos antes de su conclusión. Me parece, por eso, oportuno que hoy reflexionemos juntos sobre cómo estamos viviendo este tiempo de gracia. Dirijamos nuestra mirada a san Josemaría; acudamos a su intercesión mientras consideramos algunos aspectos de la fe, recibida de Dios, que él vivió heroicamente.

Me detengo en algunos rasgos de esta virtud suya. Mucho tiempo antes de la fundación del Opus Dei, san Josemaría —cuando todavía era un muchacho— intuyó que Dios quería algo de él, algo que no conocía. Para estar disponible a la Voluntad de Dios, dejó a un lado sus legítimos planes personales y decidió ser sacerdote. Durante diez, once años de estudio, de preparación espiritual confiada, rezó mucho condensando su oración personal en las palabras del ciego del Evangelio: *Domine, ut videam!*, **Señor, que vea**. Y añadía el recurso a la Virgen: *Domina ut sit!* **Señora, que sea, que se cumpla en mí la voluntad de tu Hijo**. De este modo, por su ya intensa vida de fe, de esperanza y de amor, el 2 de octubre de 1928 estaba preparado para acoger el diseño divino sobre la Obra.

Casi al final de su existencia terrena, en una reunión familiar con muchas personas, comentaba que su vida había seguido de algún modo lo que le ocurrió a Abraham, nuestro padre en la fe, que *in spe contra spem credidit* (Rm 4, 18), *creyó en Dios contra toda esperanza*. Decía: **Porque, hace unos cuarenta y siete años, había un sacerdote —que medio conozco, tan pecador como yo— sin ningún medio humano, sin nada: no tenía más que veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor**. Aquí hizo una pausa y luego siguió: **Humanamente hablando no es**

un gran tesoro, ¿verdad?, pero delante de Dios... Y ahora estáis vosotros aquí; y hay hermanos vuestros en todo el mundo: de todos los colores, de todas las razas, de todas las lenguas (San Josemaría, *Notas de una reunión familiar en Argentina*, 9-VI-1974).

COSAS GRANDES

Me parece que esta vida de fe se anuda muy bien al Evangelio de la Misa de hoy, en el que hemos contemplado la respuesta de fe de san Pedro. Aquellos pescadores se habían cansando en vano toda la noche, sin haber conseguido ningún fruto de su duro trabajo. Y Jesús, después de haber hablado a la multitud, dice a Pedro: *Mar adentro y echad las redes para pescar*. Un momento de incertidumbre e inmediatamente el Apóstol le responde: por tu palabra, echaré las redes Y se realizó el milagro: *sacaron tal cantidad de peces que las redes casi se rompen* (Lc 5, 4-6). Fue un prodigio que Dios realizó con la colaboración humilde, llena de fe, de Pedro y de sus compañeros.

No olvidemos esta realidad: también en nuestra vida, en nuestro trabajo, Dios está dispuesto a cumplir a realizar cosas grandes. Espera, sin embargo, nuestra fe: que creamos verdaderamente en El, Hijo de Dios que se ha hecho hombre para salvarnos. En otra ocasión, los doce preguntaron al Señor como hacer los milagros que Él hacía. Y esta fue la respuesta de Jesús: *esta es la obra de Dios: creer en Aquel que Él ha enviado* (Juan 6, 29)

Dios es el de siempre, escribió San Josemaría en Camino. — **Hombres de fe hacen falta: y se renovarán los prodigios que leemos en la Santa Escritura: —Ecce non est abbreviata manus Domini —¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!** (Camino, 586).

Hoy, como ayer, el Señor está dispuesto a hacer cosas grandes. Necesita sólo nuestra colaboración, nuestro empeño en una conversión que llegue a todas las personas que viven cerca de nosotros. **“En esta perspectiva, el Año de la fe —explicaba Benedicto XVI en la carta en que lo convocó— es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo”** (Benedicto XVI, Carta apostólica *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 7).

CRECER DÍA TRAS DÍA

No basta creer de modo teórico. Es necesario, sin duda, acoger fielmente las enseñanzas de la Iglesia; pero es también necesario que la fe se plasme en toda nuestra vida, se manifieste en cada circunstancia, tanto en las que parecen importantes como en las pequeñas ocupaciones que trenzan el tejido de nuestra cotidianidad. Por otra parte, **“la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios”** (Benedicto XVI, Carta apost. *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 13).

Completamente leal a esta ley de la vida sobrenatural, san Josemaría se empeñó decididamente en crecer día tras día en la fe. Apoyándose en esta virtud infusa por Dios en su alma, colaborando con su respuesta personal, este santo sacerdote fue capaz de superar todas las dificultades que se interponían al cumplimiento de la voluntad divina.

Por ejemplo, en 1934, pocos años después de la fundación del Opus Dei, escribía: ***No se me ocultan los obstáculos que encontraréis. Algunos podrán parecer insuperables..., mas inter medium montium pertransibunt aquae: y el espíritu sobrenatural de la Obra y el ímpetu de vuestro celo pasarán a través de los montes, y venceréis esos obstáculos*** (Instrucción, 1-IV-1934, n. 7).

Y con la misma convicción repetía en 1974: ***Salvarán este mundo nuestro (...) no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar***

material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta (Discurso en investidura de doctores «honoris causa», Pamplona, 9-V-1974).

San Josemaría procuró predicar esta fe, es decir, enseñarla y difundirla por toda la tierra. Y hoy gracias a Dios, son millones las personas de toda edad, de toda cultura y estrato social, que – siguiendo las huellas de esas enseñanzas– se esfuerzan por encontrar a Dios en todas las circunstancias de su cotidianidad.

Tanto hombres como mujeres siguen a Cristo más de cerca, como Pedro, Juan, Andrés y los demás Apóstoles después de la pesca milagrosa, Con cuánta fuerza habrán resonado en sus almas esas estupendas palabras: *No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron* (Lc 5, 10-11).

¡NO ES DIFÍCIL!

También nosotros, con la gracia del Espíritu Santo, somos capaces de seguir a Jesús como los primeros Doce, cada uno en el lugar donde Dios lo llama: ¡no es difícil! Y allí, donde el Señor nos ha encontrado o nos pide que nos quedemos, dar a conocer y amar a Jesús a otras muchas personas. Con palabras del Papa Francisco, podemos preguntarnos: **“¿somos capaces de llevar la Palabra de Dios a nuestros ambientes de vida? ¿Sabemos hablar de Cristo, de lo que representa para nosotros, en familia, con los que forman parte de nuestra vida cotidiana? La fe nace de la escucha, y se refuerza con el anuncio”** (...)

“Esto vale para todos”, continúa el Santo Padre: **“El Evangelio ha de ser anunciado y testimoniado. Cada uno debería preguntarse: ¿Cómo doy yo testimonio de Cristo con mi fe? ¿Tengo el valor de Pedro y los otros Apóstoles de pensar, decidir y vivir como cristiano, obedeciendo a Dios? Es verdad que el testimonio de la fe tiene muchas formas, como en un gran mural hay variedad de colores y de matices; pero todos son importantes, incluso los que no destacan. En el gran designio de Dios, cada detalle es importante, también el pequeño y humilde testimonio tuyo y mío, también ese escondido de quien vive con sencillez su fe en lo cotidiano de las relaciones de familia, de trabajo, de amistad”** (Papa Francisco, *Homilía en la Basílica de San Pablo extramuros*, 14-IV-2013).

Para terminar, escuchemos estas palabras de san Josemaría. ***Nuestra fe no es una carga, ni una limitación. ¡Qué pobre idea de la verdad cristiana manifestaría quien razonase así! Al decidirnos por Dios, no perdemos nada, lo ganamos todo (...) Hemos sacado la carta que gana, el primer premio. Cuando algo nos impida ver esto con claridad, examinemos el interior de nuestra alma: quizá exista poca fe, poco trato personal con Dios, poca vida de oración*** (*Amigos de Dios*, n. 38).

Pidamos a Dios Nuestro Señor, por medio de su Madre, que también es Madre nuestra, que nos aumente su amor, que nos conceda probar la dulzura de su presencia; porque ***sólo cuando se ama se llega a la libertad más plena: la de no querer abandonar nunca, por toda la eternidad, el objeto de nuestros amores*** (*Amigos de Dios*, n. 38). Y, con la intercesión de san Josemaría, supliquemos a Dios que en los meses del Año de la fe que todavía nos quedan, y después durante toda la vida, permanezca más fuerte, más firme, más ardiente nuestra fe, en la vida sacramental con el recurso frecuente a la Confesión y a la Eucaristía. Así sea.

Roma, Basílica de San Eugenio, 26-VI-2013